



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 18. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Mayo 1877 | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVII.

1.ª EDICION.—DE LUJO Ó COMPLETA.		2.ª EDICION.—ECONÓMICA.		3.ª EDICION.		4.ª EDICION.—ESPECIAL PARA MODISTAS.	
Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.		Cuatro números al mes, un figurin y un pliego de patrones de tamaño natural y un pliego de dibujos para bordados cada trimestre.		ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS. Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.		Cuatro números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones y otro de dibujos para bordados.	
MADRID.		MADRID.		MADRID Y PROVINCIAS.		MADRID.	
Un año... 30,00 ptas.	Un año... 30,00 ptas.	Un año... 18,00 ptas.	Un año... 21,00 ptas.	Un año... 13,00 pesetas.	Un año... 27,00 ptas.	Un año... 27,00 ptas.	Un año... 29,00 ptas.
Seis meses... 15,50 »	Seis meses... 18,50 »	Seis meses... 9,50 »	Seis meses... 11,50 »	Seis meses... 7,00 »	Seis meses... 14,50 »	Seis meses... 14,50 »	Seis meses... 15,50 »
Tres meses... 8,00 »	Tres meses... 9,50 »	Tres meses... 5,00 »	Tres meses... 6,00 »	Tres meses... 3,50 »	Tres meses... 7,00 »	Tres meses... 7,00 »	Tres meses... 8,00 »
Un mes... 3,00 »		Un mes... 2,00 »		Un mes... 1,25 »	Un mes... 2,50 »	Un mes... 2,50 »	

Los precios de suscripción en CUBA, PUERTO-RICO y demás puntos de América los fijan los Agentes. — En PORTUGAL rigen los mismos precios que en España, con sólo el aumento de 10 por 100, en razón al mayor coste de franqueo.

Agentes generales.—MONTEVIDEO: Sres. A. Barreiro y C.ª—BUENOS AIRES: D. Jacobo Penser.—CHILE Y PERÚ: D. Julio Real y Prado.

SUMARIO.

Explicación de los grabados, por Joaquina Palmaseda.—Paletot de entretiempo.—Vestido con túnica.—Vestido con echarpe.—Chaquetas para niño.—Abanico con pié de encaje.—Cordones portabanico.—Diferentes objetos de lencería doblados: Salida de cama.—Camisas.—Pantalones.—Enaguas.—Delantales de cocina.—Pañuelos.—Orbatas de mañana.—Ropa de cama.—Gorras de dormir.—Medias.—Ropa de mesa.—Toallas.—Puntilla de crochet para colcha.—Puntillas, cenefas y entredoses para ropa blanca.—Iniciales para pañuelos.—Caja para abanico pintada.—Alfombra para lámpara.—Canastilla adornada.—LITERATURA: El desarrollo del ideal de María, por Juan Fastenrath.—El hombre, poesía, por Antonio Zerolo.—En un álbum, poesía, por Manuel Llorente.—A mi amiga Rosa Martín, poesía, por Consuelo Rojo.—Las dos fortunas, por José Seco y Shelly.—Marina, por Angela Grassi.—Bibliografía, por Vicente Cuenca.—Variedades.—Explicación de la lámina de regalo.—Explicación del figurin.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

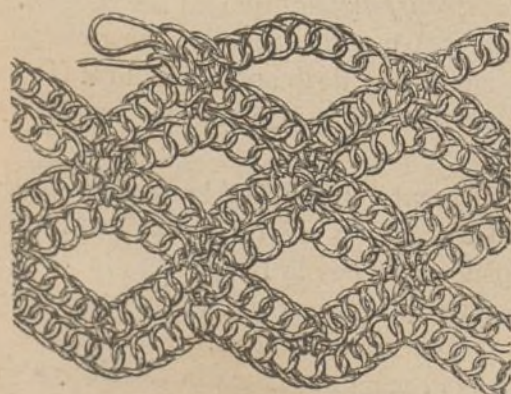
1. PUNTILLA DE CROCHET PARA COLCHA.

Esta puntilla, facilísima y muy fuerte, propia por lo tanto para el objeto á que se destina, está hecha del punto que se emplea para los refajos: se comienza por 34 puntos, que corresponden al menor tamaño del pico, y los crecidos se van haciendo al terminar cada vuelta par, con 4 puntos más y los menguados, dejando los cuatro últimos de la vuelta anterior sin cubrir. Los calados tienen tambien 4 puntos de largo y se ejecutan siguiendo 4 puntos de cadeneta alaire, en vez de cubrir 4 de la vuelta anterior.



2 Y 3. DELANTALES CON PETO.

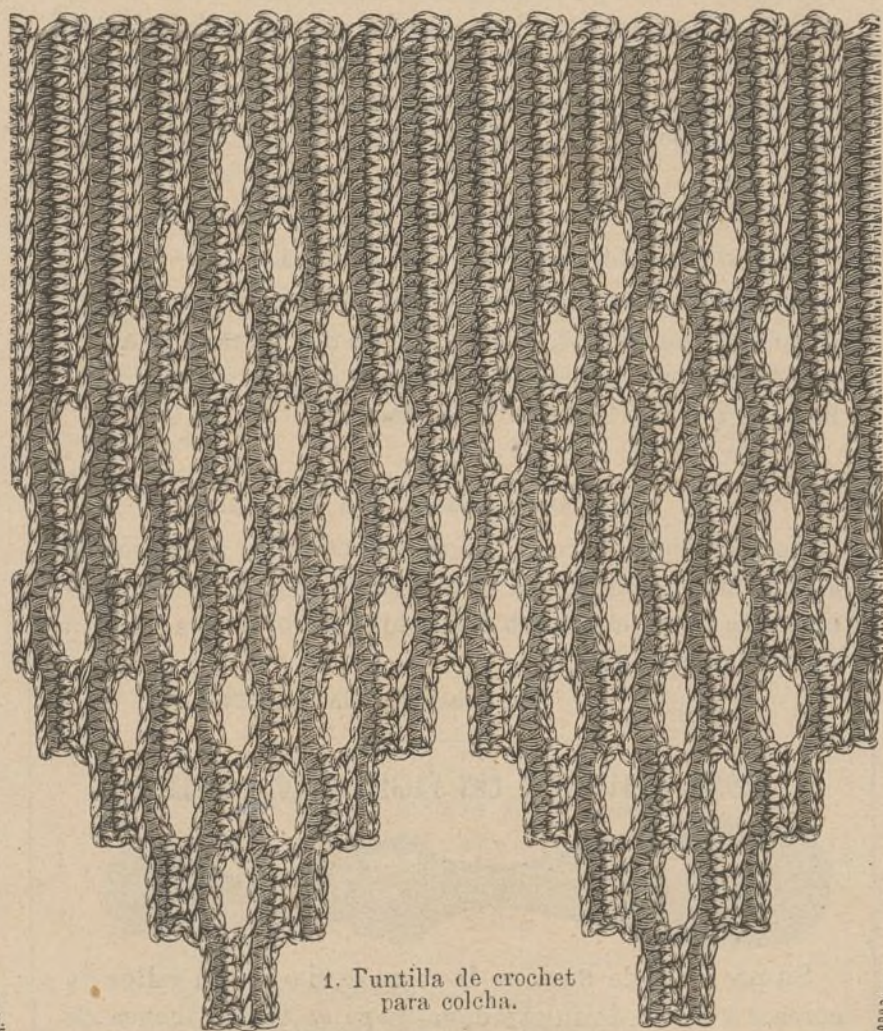
Esta clase de delantales suelen usarlos las personas jóvenes cuando sirven el té en una soirée de familia. El primero, de batista ó nanzouk, lleva un volante plegado al canto, guarnecido de puntilla, adornando el resto del delantal y peto entredoses y puntillas, y completándole lazos de color en los hombros y bolsillo. El segundo lleva el centro adornado de biés orillado de puntillas y sujeto con botones, y á los lados del paño del centro uno de jaretitas diagonales, guarneciéndolo todo una puntilla ancha.



5. Entredos de crochet.

5 Y 6. ENTREDOS Y PUNTILLA DE CROCHET.

El núm. 5 puede lo mismo servir para entredos que para fondo



1. Puntilla de crochet para colcha.



4. Paletot de entretiempo. (Véase el núm. anterior.)

de cualquier labor de punto, corbata, fichú, etcétera. Se ejecuta yendo y viniendo: comiézase por una cadeneta lisa, sobre la que se hacen: * 7 puntos de cadeneta, 1 doble en el quinto de la cadeneta, 7 de cadeneta, 1 doble en el quinto siguiente *. A la vuelta tercera se hacen: * 4 de cadeneta, 1 doble en mitad del pico, 4 de cadeneta, 1 doble sobre el doble anterior. * Alternando estas dos vueltas y contrariándolas para que los picos vayan encontrados, se forma el dibujo que presenta, de tamaño natural, el núm. 5.

La puntilla núm. 6 consta de seis vueltas.

1.ª 2 barras en el primer punto, 3 de cadeneta, 2 barras en el mismo punto, 5 de cadeneta, otras 4 barras como las anteriores 10 puntos más allá.

2.ª Cuatro barras en el centro de las otras cuatro, separadas cada dos por tres puntos lisos; 5 puntos cadeneta.

3.ª, 4.ª y 5.ª Como la 2.ª

6.ª * 1 punto doble sobre el quinto de la cadeneta, 5 de cadeneta, 1 doble sobre la primera barra, 1 picot de 3 puntos, 1 doble, 1 picot, 1 doble, 1 picot, 1 doble, 5 puntos de cadeneta, y se repite desde la señal *.

Una cadeneta, que recoge las cadenetas entre onda y onda para marcarla más, termina la puntilla.

7 Á 22. DIFERENTES OBJETOS DE LENCERÍA PARA EQUIPOS.

7. Paletot-salida de cama.—Corresponde á la forma de los ofrecidos en el penúltimo CORREO, y va doblado y sujeto con cintas como para formar parte de un equipo de novia.

8. Camisas.—Igualmente corresponden á las ya explicadas, y se doblan por docenas atadas por cinta azul ó rosa.

9. Pantalones.—Se doblan por medias docenas, como indica el modelo, con las boquillas hácia afuera y por grupos más ó menos ricos.

10. Enaguas.—Se reúnen en cada grupo tres, franela, piqué y cretona; aparte las de vestir en otros grupos.

11. Delantales de cocina.—En un equipo se cuentan generalmente 6 delantales azules, ó blancos gruesos, y 6 de percal, todos con peto. El modelo muestra los azules con cenefas á punto ruso.

12. Pañuelos.—Se juntan por docenas más ó menos ricos; los que muestra el grabado son



6. Puntilla de crochet.

con jaretones de otro color y marca de color para diario.

13. *Corbatas de mañana*.—Son de nanzouk festonadas, y sólo de tres puntas, ordenándose en un grupo de 6.

14 á 17. *Ropa de cama*.—El núm. 14 muestra la almohada con funda bordada de un entredos de color y cifra de color y blanca: las cenefas á la cruz núms. 16 y 17 pueden servir para este objeto. El núm. 15 presenta para modelo un juego de cama doblado.

18. *Gorras de cama*.—Llevan el fondo fruncido á un biés con doble guarnición á la orilla: van dobladas por la mitad y sujetas con cintas por medias docenas iguales.

19. *Médias*.—Las medias se doblan por docenas de distintas clases; las blancas, más ó menos finas, y las de color, á grupos en rayas variadas, arabescos ó flores bordadas. Algunos equipos llevan las ligas y cintas para sujetar la boquilla del pantalón del color mismo de la media.

20. *Ropa de mesa*.—Presenta el modelo una mantelería de 12 cubiertos, con el mantel y las servilletas encima en dos mitades: lleva sus marcas y números.

21 y 22. *Toalla*.—La que presenta el modelo está bordada en el género ruso, bien aprovechando las cenefas de la toalla, bien copiando sin cuidarse de ella el dibujo núm. 22, que lleva los colores al pié; en estos bordados, el único mérito consiste en disimular el revers, procurando seguir el dibujo por ambos lados y dejar invisibles las pegaduras.

23 Á 26. ABANICO.

Materiales: seda negra é hilillo de oro.

La montura de este abanico es de ébano, y el país de encaje negro, hecho de punto de aguja con seda fina; tiene 15 centímetros de ancho y puede emplearse el encaje número 23, de un dibujo harto fácil para quien tenga un poco de costumbre de tejidos de aguja. Después de medido por un patron, para que saque las dimensiones necesarias, se humedece ligeramente con agua de goma y una esponja y se plancha entre dos paños finos, pasando después por los calados un hilillo de oro que le realza mucho: el encaje se pega á las guías con goma, y por el otro lado se forra de tul negro. La caja para el abanico, que lleva borla de seda negra y oro, la muestra el número 25, y es de cartón forrado de un papel color de madera, sobre el que se pinta con líneas negras y amarillas el dibujo núm. 26.

27 y 28. CORDONES PORTA-ABANICOS.

El vestido princesa hace indispensable el cordón para suspender el abanico, y se hace de seda blanca ó negra, la que conviene con todos los trajes. Los dos modelos que ofrecemos son distintos: en el primero, las dos puntas del cordón, una terminada por borla y otra por el mosqueton para el abanico, se cierran con un lazo; el segundo lleva nudos de trecho en trecho, y una de las puntas figura con nudos un florón de pasamanería con borla y el otro el mosqueton.

29 y 30. CHAQUETAS PARA NIÑOS.

29. *Chaqueta de franela adornada de bordados*.—Todos los patrones que hemos dado para trajecitos de niños pueden servir para cortar esta linda chaqueta, que se hace de franela blanca, azul ó encarnada, realizándola con bordados á la máquina, pespuntos, biéses ó soutache. (Véase para el bordado el núm. 42).

30. *Chaqueta de punto de aguja tejido*.—Se corta como la precedente, y se la guarnece con tiras de punto de aguja rizado, imitando astrakan, botones y borlas de lana.

31 Á 35. ALFOMBRA PARA LÁMPARA BORDADA SOBRE CAÑAMAZO JAVA.

Esta labor es tan linda como fácil, y puede destinarse á otros mil objetos, bordándola de color, lana y seda, con aplicaciones de trencilla de un tono algo más oscuro. Los grabados 32 y 34 dan de tamaño natural un ángulo de la cenefa y el sembrado del fondo; los grabados 33 y 35 reproducen otro modelo también muy gracioso. En ambos, los puntos del bordado resultan claramente, y por lo tanto bastará que indiquemos los colores. Su cenefa, grabado 31, con aplicaciones de trencilla más oscura que el cañamazo, se borda con dos tonos, azul claro, encarnado, negro-castaño y maíz (seda). El fleco se saca del mismo cañamazo, dándole la tela necesaria, de 4 á 5 cént.: se sacan los hilos de traves, y los otros se anudan por grupos de 8 hilos.

36. CANASTILLA ADORNADA.

La montura es de junco revestida de laca. Hojas de cartón fuerte se colocan, según exige la forma de la montura, cubiertas con seda color de rosa y sujetas con al-

gunas puntadas invisibles. En los dos extremos se forma una especie de roseta bullonada y adornada con un lazo. Una tira bordada y un lambrequin bullonado decoran los dos costados; la tira se borda con cordoncillo azul y rosa, sobre fondo marrón, sujetando una aplicación de cañamazo.

37 Á 40. INICIALES BORDADAS PARA PAÑUELOS Y ROPA BLANCA.

Están primorosamente bordadas á plumétis, punto de armas y arenilla.

41. ÁNGULO DE MALLA PARA CORBATA.

Es de encaje guipur francés, y su ejecución sumamente sencilla. Hecho el triángulo de malla, se borda á punto de zurcido, como demuestra claramente el grabado.

43. PUNTILLA DE TRENCILLA Y CROCHET.

Se empieza por las hojas redondas exteriores, y se hacen después de haber asegurado el hilo á un picot de la trencilla con un punto doble, 1 punto en el aire, 1 doble en un picot, 13 en el aire; cuyos últimos forman ya la punta de la hoja; los 4 siguientes forman el tronco. Se pasa 1 picot, se hace en el que sigue 1 punto d. y luego alternativamente 7 en el aire, y 1 d. en cada tercer picot. Después de 3 puntos en el aire se coge con 1 punto d. el punto del centro del cuarto círculo de puntos en el aire, y el quinto de los 13 puntos en el aire. Se termina la primera hoja con 3 puntos en el aire y 1 punto d. en el cuarto de los 13 puntos en el aire. Las otras hojas se ejecutan del mismo modo. Se concluye con una vuelta de bridas en círculo.

Para la estrella del centro se hacen 7 lazadas de 17 puntos cada una, fijándolas con 1 punto d. en el décimo punto de la vuelta de bridas, 9 puntos en el aire.

Se coge el punto del centro de cada brida, y se reúnen todas en un solo punto, 8 puntos en el aire, conduciendo el hilo al punto con el cual se ha empezado la estrella, que se termina con 1 punto d. en el punto del borde. La puntilla se completa con ondas de puntos en el aire por un lado, y por el otro con una vuelta de puntos ds. en el aire.

44. VESTIDO CON TÚNICA.

Se compone de una falda y una túnica, graciosamente drapeada por detrás, haciéndose de dos telas, y guarneciéndola con biéses y plisés, más anchos alrededor de la falda que en la túnica y las mangas.

45. VESTIDO-PRINCESA CON ECHARPE.

Esta preciosa echarpe, adornada con rico fleco, puede servir de complemento á cualquier vestido-princesa, haciéndola de un color que armonice con el de los trajes á los cuales se destine.

JOAQUINA BALMASEDA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correos á esta Administración, para recibirla franca de porte.



EL DESARROLLO DEL IDEAL DE LA VIRGEN EN LA PINTURA.

No hay culto más poético que el culto á María, Virgen y Madre, mártir de amor, solitaria del Gólgota, casta paloma, estrella del Oriente, faro encendido en nuestra noche, sol sin mancha, límpida fuente de consuelo, flor de las flores del Eden. El culto á la celestial Señora, cuya apoteosis es la apoteosis de la mujer, ese culto que brillará de día en día con más nítidos resplandores, es una cadena mágica que con lazos de diamantes une á *Colonia* y á *Hispania* bella; pues si á la nevada orilla del Rhin, en la ciudad de San Geron, de Santa Úrsula y de San Engelberto, el culto á la Madre de Dios celebraba su primer triunfo esplendoroso en los lienzos magníficos de los maestros Guillermo y Estéban, que cual apóstoles del arte, cual fieles traductores de la verdad divina, inflamado el pecho de férvida piedad, supieron pintar con

celestial poesía á la Madre Purísima de amores, alcanzó su apogeo á la ribera preciada del Bétis cristalino, en la ciudad de Santa Justa y de Santa Rufina, en la ciudad de San Fernando, en las obras inmortales del feliz Murillo, artista sin segundo, pintor privilegiado de María, el que, penetrando arrebatado en la región ideal, concibió lo que no pudo concebir la terrenal inspiración del hombre.

Perseguiré el desarrollo del ideal de María á través de los siglos, aunque trazándolo sólo con ligera pincelada, como humilde ofrenda al pueblo que se envanece con Virgenes tan celebradas como la de la Almudena, la de la Soledad, la de los Remedios, y que en Sevilla venera á la Virgen María bajo la advocación de la Antigua; en las orillas del Ebro, á la Virgen del Pilar; en la villa del Manzanáres, á la Virgen de Atocha; en la montaña, á la Virgen de Monserrat; entre los riscos, á la Virgen de Covadonga.

Ya los retratos de la Virgen que se encuentran en las Catacumbas, pintando la que es la blanca rosa del valle Sharon, rosa sin espinas, clavel divino, azulado lirio, maravilla del campo, gala del cielo; la que era más bella que Sara y Raquel, más noble y prudente que Abigail, más valerosa que Esther, más grande que Judith, más casta que Susana, ostentan el germen del tipo de María, aquella frente alta y libre, aquellos cabellos largos, aquel rostro hermoso de figura de óvalo, aquella nariz larga, aquellos ojos grandes, aquellos labios finos, aquella dignidad tranquila, aquella dulzura elegiaca, aquella blandura de la expresión espiritual.

Según dice el profesor Herman Ulrici en su libro *Tratados sobre la Historia del arte* (Leipzig, 1876, pág. 87), "en la mayoría de las imágenes más antiguas, en las Catacumbas del siglo II, se ve á la Virgen sola, tendiendo los brazos en actitud de orar, quizá como símbolo del Oficio divino ó de la Iglesia, mientras en las imágenes del siglo VI aparecen juntos María y su Hijo adornados con ropas de gala."

Desde el siglo IX hasta el XVII, la representación de la Madre y del Niño se hizo el tema predilecto de los artistas, la delicia del clero y de la entusiasta muchedumbre.

Hasta el siglo XIII el Niño Divino, el cual es llamado con el dulce nombre de *Jesus*, que quiere decir Salvador, se nos presenta vistiendo una luenga y alta túnica de púrpura deslumbrante, teniendo en su izquierda al globo ó al pomo imperial, levantando la diestra como bendiciendo, sentado en el dulce regazo de María como un joven Rey sentado en el trono, y lo mismo que el del Niño, tiene el semblante de María una expresión severa, apareciendo ésta, no cual madre amantísima, sino cual instrumento de la gracia divina, cual trono vivo del Príncipe de la vida. "Pero después,—y á mí no me resta sino reproducir aquí las palabras del citado Sr. Ulrici—"se mitiga la severidad de la expresión de las cabezas, desaparece el pomo imperial, cae la mano levantada, el vestido del niño se hace más corto, pierde su aire de traje regio y acaba cediendo el puesto á un solo paño ó velo. El rostro de la Virgen se anima y recibe, si aún no la expresión de la maternidad, en cambio la del amor."

Desde la mitad del siglo XIV hasta fines del XV los artistas aspiraron á alcanzar en la Virgen Madre la expresión más alta y más cumplida de la *virginidad* pura é inmaculada, encontrándose la misma aspiración en los pintores de la Escuela florentina como en los de la Escuela de Umbria, en los venecianos como en los de la Italia superior, y en los maestros de la Escuela flamenca como en los maestros alemanes. Aquella contemplación alcanzó su cenit en los lienzos de *Leonardo de Vinci* y de *Rafael*, aunque el primero mezcla con aquella gracia encantadora, con aquella ternura entrañable, no sé qué dulzura sentimental. La virginidad de la que fué más casta que la perla nacarada, más pura que la virgen rosa, la retrató el de Urbino en su creación peregrina llamada *La Bella jardinera*, que se admira en la galería del Louvre.

¡Qué encanto tan artístico en colocar al Niño Divino al lado de la Virgen floreciente, ideal de gracia y de belleza humana! Pero esa idea era aún capaz de gradación, pues á los artistas les quedaba reservado pintar á María, no sólo cual Virgen pura, sino cual Virgen que el Espíritu Santo inundaba de su lumbre; cual Virgen santa y bendita; cual *Virgen transfigurada* que, al llevar en sus entrañas la salvación del mundo, sentía penetrado por ella también su corazón, y que, después de nacido el Hombre-Dios, era la primer alma creyente, el primer germen de la Iglesia futura.

Esa idea, que nos presenta en María á la vez la límpida pureza, la belleza del cuerpo virginal y la hermosura celestial del alma penetrada por la luz divina, la realizaron primero dos artistas insignes que vivieron en *Colonia*, los maestros *Guillermo* y *Estéban*.

La perla, que se debe al primero, llamada *La Virgen de la flor de haba*, la encierra el Museo de Colonia; la joya,

debida al segundo, y bautizada con el nombre de *Domibild*, la guarda la catedral de la misma ciudad. No se encuentra en el semblante de María, pintado por los dos mencionados artistas, ninguna señal de ternura maternal: en ambos retratos la Virgen, con su alma pura é infantil, no parece sino la virginea copia del Niño que lleva en su regazo; y al crear retrato tan peregrino aquellos artistas, que son la gloria de Colonia, lograron expresar con los mellos más sencillos la fe cumplida, aquella fe que, según dijo el Señor, no mora sino en un alma cándida é infantil.

La misma esencia ideal, pero de un modo aún más perfecto, en cuanto á la corrección del dibujo y de la perspectiva, la expresó *Rafael* en su obra maestra *La Virgen Sietina*, con la cual se envanece la galería de Dresde. ¿Quién no ha visto siquiera una copia de esta maravilla del arte que representa la Transfiguración de María, la Reina del Cielo y de las mujeres? Es una Transfiguración, sí, pero no una Transfiguración como la del monte Tabor, sino una Transfiguración ideal, en que María, animada por el Espíritu divino de Cristo, parece trasladada al reino de Dios, á un reino visible para el creyente. Por eso, en este lienzo el Cielo se abre como por una especie de ventana ó puerta, después de corrida la cortina. A la entrada del Cielo, el papa Sixto IV depone su triple tiara, porque en aquel reino no domina sino la Virgen, es decir, la fe pura y virginal. La Virgen lleva al Niño, pero no cual madre terrestre, sino penetrada de la grandeza, de la dignidad entera de Aquel á quien lleva, y el Hijo, con su mirada penetrando al mundo, con su faz de angélica hermosura, en que brilla la eterna majestad, se presenta como el espíritu más alto, más profundo, más sublime, encarnado en un niño hermoso. La Madre y el Niño, en aquella creación de *Rafael*, son, según la acertada interpretación del Sr. Ulrici, tanto símbolos del amor divino, el cual constituye la esencia del Criador, como símbolos del cristianismo, y los grupos que rodean á aquellas dos figuras sublimes representan la fe cristiana manifestándose en los angelitos que se apoyan en el umbral de la puerta del Cielo, y manifestándose también así en el alma delicada y virginal de la mujer representada por Santa Bárbara, como en el espíritu alto del hombre representado por el papa anciano Sixto IV, que, viendo que la copia entera del cristianismo no se puede alcanzar por las aspiraciones del pensamiento y de la voluntad, sino por un amor y por una confianza sin reserva, se vuelve niño y levanta su hermosa cabeza hacia el Dios-Hombre.

Así *Rafael*, el bíblico pintor del Vaticano, como los maestros *Guillermo* y *Esteban*, representan la contemplación ideal. El en que se reproducía aquella lírica juvenil de la escuela primitiva de Colonia; el en que encontramos otra vez aquel ideal de pureza, de delicadeza y de dulzura, fué *Hans Meglin*, uno de los socios de la *Walthalla*, mientras *Huberto van Eyck* y la escuela de Flándes se dedicaron á representar los grandes misterios de la creación y del cristianismo, ó á producir efectos morales, siendo sus pinturas como poemas épicos ó didácticos.

El hermano de *Huberto*, *Juan van Eyck*, otro socio de la *Walthalla*, en vez de celebrar, como éste, las grandes hazañas de Dios y del Cordero por una epopeya mística, se limitó á rendir culto á María en una forma más lírica, pintándonos á la Virgen, ora en el pórtico de una iglesia, ora en un aposento que respira todos los encantos de la tranquilidad y de la comodidad domésticas, ora al aire libre, en un paisaje animado por figuras infinitas y adornado con edificios magníficos. La Virgen de *Juan van Eyck*, que revela todo un artista, aún á los ojos más profanos, ostenta corona y perlas, porque el pintor trataba de honrar á la Madre de Dios por los mismos medios que los grandes de la tierra se distinguen de los comunes mortales; pero aquel amor á lo brillante que se encuentra en el pintor flamenco estriba también en lo que la luz es el alma de la naturaleza, el reflejo de lo divino.

Ya en el siglo xv los artistas alemanes empezaron á pintar á la Virgen como *matrona* y *madre*, poniéndola en relación más íntima con la realidad. Esa idea la llevó á la perfección en el siglo xvi el gran pintor alemán *Hans Holbein*, retratando en la Virgen la *mujer* y la *madre*, pero en el sentido ideal, la madre celestial, corriente inagotable de amor, la madre bendita de la humanidad entera, el genio tutelar, el amparo de las familias, el consuelo de las madres. En el lienzo admirable de *Holbein*, respecto al cual dos ciudades, Carlsruhe y Dresde, se disputan quién tenga en su poder el original, se ve á la Virgen, dulce prototipo de bondad maternal y y de piedad, protegiendo con su sagrado manto á la familia del alcalde de Basilea, *Jacobo Meyer*, que arrodillada la rodea y la adora, convirtiendo su casa en un templo tranquilo. Es controvertible si el niño que la

Virgen lleva en sus brazos representa á Jesús ó al hijo menor del Alcalde, restablecido de una enfermedad mortal.

Si la Galería de Dresde ha de conceder la palma á la de Carlsruhe en cuanto al original de *Hans Holbein*, en cambio puede llamar suya la famosa *Noche de Correggio*. Este cuadro nos muestra un establo erigido en las ruinas de un templo: en el pesebre está la luz del mundo, el que resplandeció en las entrañas de María cual diamante purísimo, y que la está coronando de sus rayos celestiales. Al Niño, de que brota la luz en señal de que con su nacimiento han de desvanecerse las tinieblas y ha de cesar la noche de la muerte, lo saludan los pastores, la Virgen y hasta los ángeles que descienden del cielo, ostentando una actitud que deja qué desear mucho respecto á la belleza artística, pero que es debida al exceso de júbilo que los llena. La Virgen, arrodillada ante el Niño, respira ternura maternal; pero aquella Virgen tan infantil ostenta aún más un alma inclinada hacia lo divino, y parece la representante más genuina de la humanidad que gozosa saluda la salvación del mundo.

La escuela veneciana representó á María más como mujer y madre que como Virgen, y *Juan Bellini*, el maestro del Ticiano, le dió una expresión de dignidad severa en el semblante y en la actitud, como á la que en la jerarquía celestial es la primera después de su Hijo, y nuestra medianera, abogada é intercesora. Esta contemplación ideal la revistieron de su naturalismo los *Ticiano*, *Palma el Viejo* y *Tintoretto*, retratando á la Virgen como si fuese una distinguida y noble dama veneciana.

El mismo naturalismo, trasladado á lo neerlandés, encuéntrase en las Virgenes de *Rubens* y de su escuela.

Pero tú, *Joh Murillo*, pismo del orbe, sacro artista, místico pintor de la hermosura ideal de María purísima! pintaste á la Madre de Dios cual co-Redentora, cual Cristo femenino, cual celeste Emperatriz, envuelta en el santo arcano de su sublime *Concepción* inmaculada, cuyo símbolo es la blanca luna á sus pies; tú la pintaste rodeada de dulcísimos querubines sirvientes, transfigurada por la lumbre del cielo; tú la copiaste con el celeste matiz de tus pinceles, con la llama de tu genio fecundo, con tu corazón de artista y de poeta, con tu fervor cristiano, con no sé qué intuición misteriosa, siendo henchida tu alma de aquella ardiente efusión, de aquel entusiasmo inefable, de aquel éxtasis profundo del sentimiento y de la fantasía que no se encuentra sino en la nación que engendró á Calderón y á Lope, en los hijos benditos del Sur, en los hijos privilegiados de la hermosa, de la cristiana *Sevilla*.

JUAN FASTENRATH.

Colonia, 18 de Enero de 1877.

EL HOMBRE.

(CON MOTIVO DE LA INUNDACION DEL SAHARA).

I

Hechos gigantes cantan su grandeza,
Y sobre el pedestal de eterna fama,
Arcángel ó demonio, en su cabeza
Arde perenne creadora llama.

Águila audaz de libre pensamiento,
Pasmosa encarnación del heroísmo,
Ora intenta escalar el firmamento,
Ya descender pretende al negro abismo.

Muda y postrada á su poder la tierra,
Osado emprendedor, se basta solo
Para alcanzar cuanto en su seno encierra,
Dueño y señor del uno al otro polo.

Huellas de luz señalan su camino
Y llena las edades con su nombre;
Al mismo cielo alcanza su destino,
Que tanto puede la misión del Hombre.

Irresistible fuerza en él gravita
De eternas glorias manantial fecundo,
Y la sana Razon, llama bendita,
Sus pasos guía en la extensión del Mundo.

El ancho mar que agítase incesante,
Surcó atrevido en voladoras naves;
Mas hoy creciendo su ambición gigante,
Su natural región roba á las aves!

Espíritu indomable, en alto vuelo
Lo ignoto persiguiendo vá en la vida;
Inextinguible afán que alienta el Cielo
Y siente ya la Tierra conmovida.

No importa, nó, que el huracán bravo
Estalle en rayos mil sobre su frente,
Ni que sus aguas precipite el río,
Ni que lance el volcán su lava hirviente.

La tempestad su corazón no humilla,
Ni asaltóle jamás pueril desmayo;

Que más la lumbre de su genio brilla
Cuando su rauda chispa enciende el rayo!
Allá en Oriente, do la vida empieza,
Mueve su actividad en campo estrecho;
En Grecia luego inicia su grandeza,
Y en Roma afianza su inmortal derecho.

II

Y siempre del bien en pos
Su espíritu marcha ufano
En la tierra soberano
Por ser hechura de Dios.

Por eso, tras mil azares,
Bajo sus manos potentes
Rómpanse los continentes
Y dilátanse los mares.

Por eso, á la salvadora
Ley del progreso infinito,
Abren rocas de granito
Paso á su locomotora.

Y el África estremecida,
Entre sus brazos sujeta,
Hoy aguarda del atleta
Nuevo sér y nueva vida

Que todo á la fuerza suma
De su inteligencia cede,
Y montes de arena puede
Cubrir con mantos de espuma,
Y oponerse vencedor
Esclavo el mar de su intento,
A el impetu asaz violento
Del Simoun devastador.

Que adonde la planta lleve
El triunfo vá de su parte,
Y á todo el Hombre se atreve
En el siglo diez y nueve,
Con trabajo, ciencia y arte!

ANTONIO ZEROLO.

EN UN ÁLBUM.

Si llevas en el alma el sentimiento
Y la verdad la llevas en la boca;
Si á impulsos de algún noble sentimiento
Dejas volar tu fantasía loca;
Si el inspirado arranque de tu acento
Ablanda el bronce ó la marmórea roca,
Ten por seguro que la envidia impía
Te lanzará su burla y su ironía.

MANUEL LLORENTE.

La siguiente poesía es obra de una tierna niña, á la cual enviamos los más sinceros parabienes por su aplicación, y las felices disposiciones que revela para el cultivo de las letras, seguros de que el fruto corresponderá más tarde á la galanura de las flores con que hoy nos embelesa.

Á MI QUERIDA AMIGA ROSA MARTÍ.

Flor que en el vergel del mundo
Luces con justa arrogancia,
Tu suavísima fragancia
Y tu color sin segundo,
Con sentimiento profundo,
El corazón en mi pecho
Por tí se afana y se agita,
Como el torrente deshecho
Que salvando el cauce estrecho
Á la mar se precipita.

Cuando de tus labios rojos
Una frase se desprende;
Cuando mi pecho se enciende
Con el fuego de tus ojos;
Cuando escucho tus antojos,
Gratos siempre para mí,
Y con loco frenesí
Me extasio en tus caricias,
Siento un mundo de delicias;
Me siento morir por tí.

Bella cual la flor naciente,
Para cual la mansa brisa,
De tu hechicera sonrisa
Me enamoré locamente:
Á mi pasión hice frente,
Mas me faltó voluntad
Que al mirar con ansiedad
La gracia que en tí se encierra,
Dudo que oculte la tierra
Ángel de mayor beldad.

CONSUELO ROYO.

LAS DOS FORTUNAS.

CUENTO PARA NIÑOS.

X.

Ya hemos dicho anteriormente que nuestro amigo Mariano, cuando se vió en la calle, grande amigo ya como era de Pepe Tormentas, marchó a vivir con éste en un apartado casucho de una extraviada calleja del barrio más pobre de Madrid, y una vez allí, fué iniciado por su nuevo compañero en la manera de vivir que él tenía, que no era muy santa por cierto, pero sí bastante descansada.

Pepe, que en su juventud había recibido una regular educación, hacía habilidades con la pluma, y nadie como él falsificaba una letra de cambio, un pagaré ó una carta, cuando con la falsificación podía conseguir ganar algo, por poco que fuese, para seguir viviendo sin dedicarse á ningún trabajo honrado; que, sobre ser éstos muy pesados, suelen producir muy poco á los que á ellos se dedican.

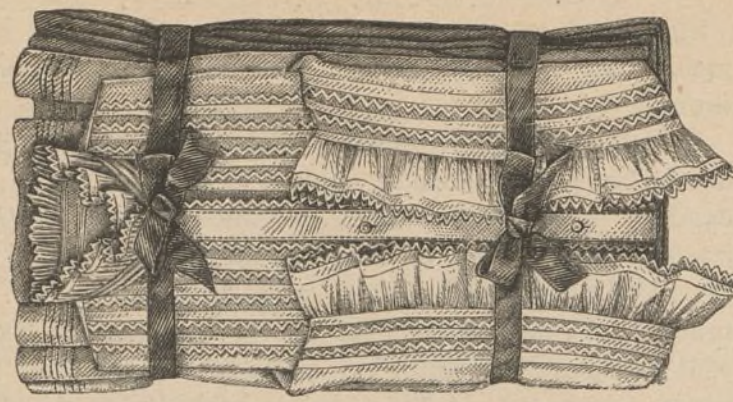
Cómo había llegado Pepe Tormentas á aquella degradación, á vivir de aquel modo tan conforme con las leyes divinas y humanas, es cosa de que no podemos dar noticias exactas á nuestros lectores; pero hemos oído asegurar á un juez, cesante hoy, que algunos años antes de los sucesos que vamos relatando habíale formado causa por una puñalada dada en riña á cierto sujeto, y á consecuencia de cuya hazaña había sido condenado á algunos años de presidio.

Recien salido de allí es cuando le hemos conocido en la cárcel del Saladero, y seguramente se comprende que cuanto sabía en el ramo del crimen lo aprendería en el presidio; que estos lugares en España son, en vez de correcciones que castiguen al delincuente, haciéndole comprender lo horrible que es el crimen y las consecuencias que acarrea, para que se aparten de él cuando salgan de allí, centros de corrupción en los que el que entra inocente y sin más delito que alguno hijo de un instante de acalamiento, salga de allí hecho un perfecto discípulo de los grandes maestros que en ellos se albergan por toda la vida, y algunas veces muy superior á ellos en picardías y vicios.

Cuando Pepe llevó á Mariano á su casa, no fué seguramente porque le viese desvalido y sólo, y tuviera compasión de su pobreza; sino que, siendo el muy conocido de la policía, se había hecho muy difícil el presentar documentos falsos al cobro, necesitando por lo tanto de otra persona que infundiese menos sospechas y al que recibieran sin escrúpulo en cuantos sitios se presentase á cobrar con los productos de su honroso trabajo.

Mariano no vió esto, no lo pudo comprender; que queremos hacerle la justicia de pensar que, á haberlo sabido, hubiera renunciado á seguir á aquel compañero de encierro; pero al salir de la cárcel, y al salir de la calle se encontró solo, sin un cuarto en el bolsillo, sin un amigo á quien dirigirse y con menos ganas de trabajar que nunca; y con la tentación de aquel compadre, que había sabido darle por el gusto, como suele decirse, hablándole mucho de su ilustre prosapia y de lo indigno que era de quien, como él, siempre había vestido levita, descender á usar la chaqueta que le deshonraba ante los ojos del mundo, de aquel mundo elegante, con el cual se había codeado tantas veces.

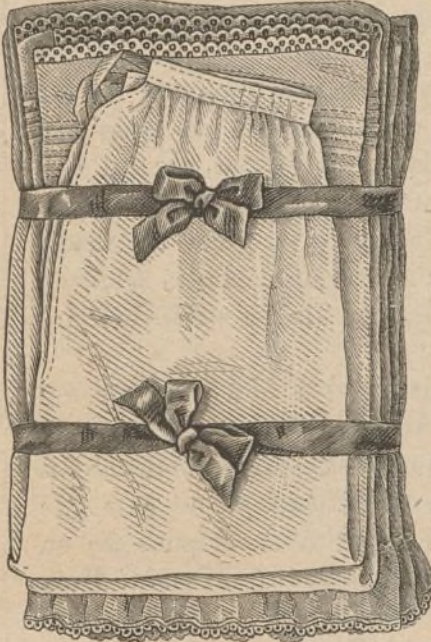
Y él, el iluso, el necio, creyó embobado aquellas palabras, y no vió deshonra en



7. Paletot-salida de cama, doblado.



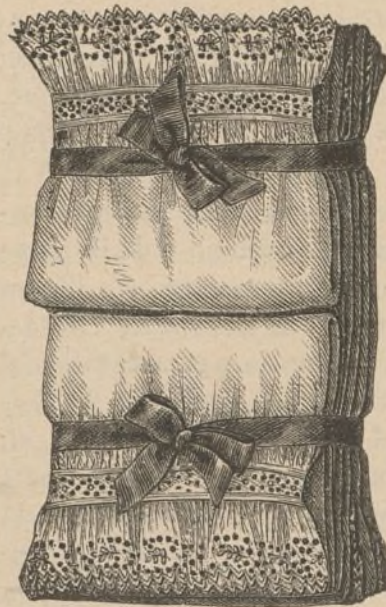
8. Camisas dobladas por docenas.



10. Enaguas dobladas por medias docenas.



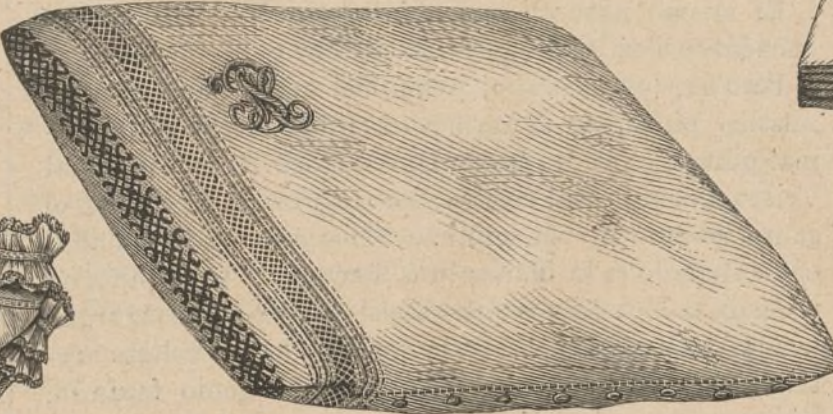
11. Delantales de cocina por medias docenas.



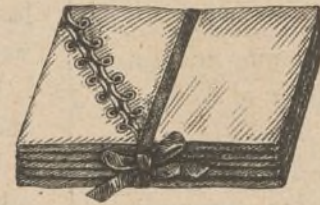
9. Pantalones doblados por medias docenas.



12. Pañuelos doblados.



14. Almohada bordada. (Véanse los núms. 15 á 17.)



13. Corbatas de mañana, dobladas.



18. Corras de cama, dobladas.



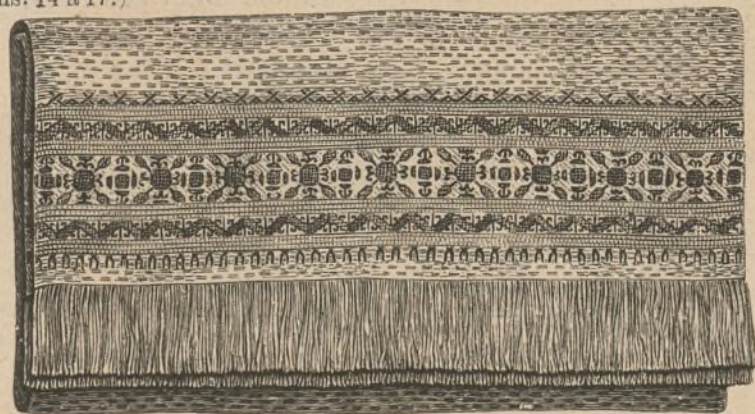
19. Medias dobladas.



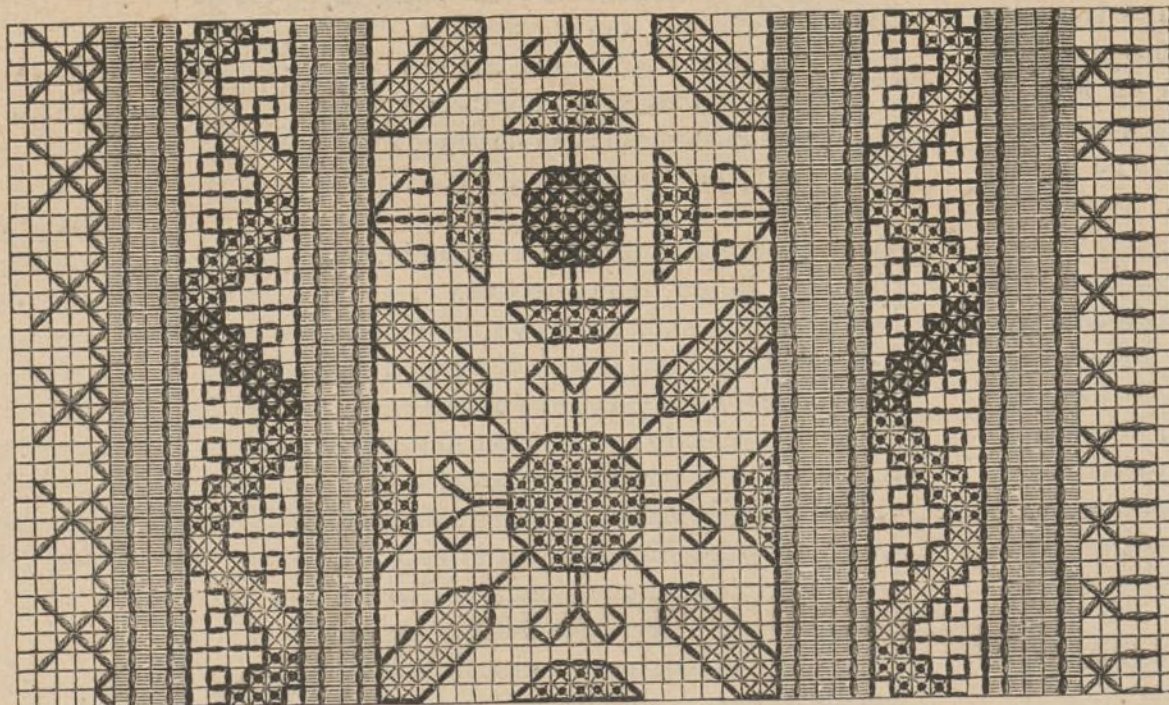
15. Almohadas y sábanas bordadas. (Véanse los núms. 14 á 17.)



20. Ropa de mesa doblada.



21. Toallas bordadas. (Véase el núm. 22.)



22. Cenefa bordada á la cruz y puntos largos para toalla.

salir de la cárcel acompañado de un truhan, de un ladrón, en irse á vivir con él, para servirle de mediador en un infame tráfico, y creyó que se deshonraba vistiendo la noble chaqueta del trabajador. La soberbia siempre; siempre la vanidad que le perdió el primer día, cuando aún había remedio, y que le conducía entonces al último escalón de aquella pendiente fatal por la que bajaba hacia algún tiempo.

Cuando se vió en la casa de Tormentas, que no tenía nada seguramente de confortable, ni aún de limpia, creyó que su nuevo amigo le había engañado; que allí no podían existir las grandes riquezas que él le anunciara antes de convencerle á ir á ella; pero el falsificador le entregó una letra para cobrar en una casa de comercio muy conocida; y además le enseñó algunos billetes de Banco, y en títulos de la Deuda, pagarés, etc., un verdadero capital, que dejó asombrado á nuestro héroe, quien seguramente no podía imaginarse que todo aquello eran productos de la hábil pluma del ingenioso falsificador.

El pobre Mariano cayó en la red, y seducido ya, porque veía tras de aquello una vida regalada y hasta lujosa, salió de aquella casa en demanda del comerciante que debía pagar la letra; algo le llamó la atención el que su nuevo amigo, á los pocos días de conocerle, y sin más ni más, le ofreciese parte de aquellas riquezas y le confiara el dinero que iba á cobrar, sin tomar precauciones ningunas para no quedarse sin él; pero

Mariano creyó simplemente que el otro había comprendido la persona que él era, y como no tenía mucho de Salomón, aceptó aquello de buen grado, sin pararse á pensar más, ni importarsele un ardite las consecuencias que pudiesen sobrevenir; lo último seguramente que se le ocurrió pensar fué que todos los documentos podían ser falsos; y si lo pensó, fué tan poco, que apenas tuvo tiempo aquel pensamiento de fijarse en su mente.

Salíó con efecto á cobrar, y sin dificultad ninguna le entregaron el importe, porque la casa había recibido el aviso de la letra, falsificado también por el admirable Tormentas, que nunca dejaba en estos asuntos ningún cabo suelto; y cuando volvía hacia su casa, ó mejor dicho, á la de su amigo, fué cuando encontró á aquella buena alma del compañero de su hermano, que le dió, como ya dijimos anteriormente, el dinero necesario para su viaje á Andalucía.

Entonces, y preciso es confesar esto para honra de aquel miserable, tuvo un generoso impulso: la conciencia, ese gusano roedor que no tiene hambre ni se mueve en el interior de nuestro ser sino cuando las malas acciones del individuo le proporcionan alimento é irritan su sistema nervioso, y permitásenos esta comparación un tanto material; la conciencia, repetimos, se indicó en su interior, le gritó algo nuevo que él no había oído hasta entonces, algo que le hizo pensar en su vida pasada, en aquella vida que, aunque inútil para sí y para sus semejantes, había sido honrada, y se acordó de cruz para sábanas. (Véanse los núms. 14 y 15.)

Entonces, y preciso es confesar esto para honra de aquel miserable, tuvo un generoso impulso: la conciencia, ese gusano roedor que no tiene hambre ni se mueve en el interior de nuestro ser sino cuando las malas acciones del individuo le proporcionan alimento é irritan su sistema nervioso, y permitásenos esta comparación un tanto material; la conciencia, repetimos, se indicó en su interior, le gritó algo nuevo que él no había oído hasta entonces, algo que le hizo pensar en su vida pasada, en aquella vida que, aunque inútil para sí y para sus semejantes, había sido honrada, y se acordó de cruz para sábanas. (Véanse los núms. 14 y 15.)

Entonces, y preciso es confesar esto para honra de aquel miserable, tuvo un generoso impulso: la conciencia, ese gusano roedor que no tiene hambre ni se mueve en el interior de nuestro ser sino cuando las malas acciones del individuo le proporcionan alimento é irritan su sistema nervioso, y permitásenos esta comparación un tanto material; la conciencia, repetimos, se indicó en su interior, le gritó algo nuevo que él no había oído hasta entonces, algo que le hizo pensar en su vida pasada, en aquella vida que, aunque inútil para sí y para sus semejantes, había sido honrada, y se acordó de cruz para sábanas. (Véanse los núms. 14 y 15.)

Entonces, y preciso es confesar esto para honra de aquel miserable, tuvo un generoso impulso: la conciencia, ese gusano roedor que no tiene hambre ni se mueve en el interior de nuestro ser sino cuando las malas acciones del individuo le proporcionan alimento é irritan su sistema nervioso, y permitásenos esta comparación un tanto material; la conciencia, repetimos, se indicó en su interior, le gritó algo nuevo que él no había oído hasta entonces, algo que le hizo pensar en su vida pasada, en aquella vida que, aunque inútil para sí y para sus semejantes, había sido honrada, y se acordó de cruz para sábanas. (Véanse los núms. 14 y 15.)

un ladrón,
ador en un
istiendo la
mpre; siem-
uando aún
ltimo esca-
pendiente
que bajaba
tiempo.

ducido ya,
da y hasta
asa en de-
que debia
mó la aten-
o, á los po-
in más ni
aquellas ri-
ero que iba
ciones nin-
in él; pero
ano creyó
plemente
el otro ha-
omprendi-
persona que
a, y como
ia mucho
Salomon,
ó aquello
en grado,
arse á pen-
ás, ni im-
arsele un ar-
que pu-
último se-
urrió pen-
ocumentos
i lo pensó,
énas tuvo
to de fijar-

brar, y sin
entregaron
casa habia
letra, fal-
admirable
ngun cabo
licho, á la
uena alma
ya dijimos



ordada á la
anas. (Véanse
14 y 15.)

un en me-
imiento no
no protec-
ondo á que
z: en aquel
de aquella
enseñado
madre que
derramado
sin que sus
de las ora-
e habia en-
n de la Ma-



Pl. 317.

EL CORREO DE LA MODA.
Periódico ilustrado para las Señoras.

Plaza de Isabel II^a, 2, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



EL CORREO DE LA MODA
 Administración. Plaza de Isabel 2ª nº 2.

Lit de C. Ruiz Espirito-Santo, 18

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

dre del Amor Hermoso, de esa otra Madre universal á la que nunca se acude en vano: entonces recordó los primeros años de su vida, cuando la vanidad no le dominaba, y pensó cuán felices se habían deslizado aquellos días, de los que no le quedaban sino recuerdos agradables: pensó lo dichoso que era su hermano,

allá en un rincón de Andalucía, conservando y aumentando la santa herencia de sus padres, feliz en su oscura medianía, sin acordarse que el apellido que llevaba había sido el

asombro de la Europa, ni creer que el trabajo le deshonraba; pensó todo esto, lo comparó todo con su vida presente, con aquella vida que le había conducido á una cárcel, de la que sólo por creerle un necio había podido salir; de aquella vida, en la que iba á depender de un granuja, de un licenciado de presidio, y por primera vez en su vida tembló, sintió algo desconocido para él, y dos lágrimas, las primeras que derramaba desde que tenía uso de razón, brillaron un momento tímidas y avergonzadas en sus ojos, resbalaron por sus mejillas y se evaporaron al calor de aquel rostro que por vez primera también se había enrojecido de vergüenza.

El momento era decisivo; si no hubiera estado solo, si alguna alma noble y generosa le hubiera guiado entonces por el buen camino, Mariano habría entrado en él con paso firme, sin vacilación de ningún género; pero en vez de esto, vio pasar á su lado, en un

soberbio carruaje, á uno de aquellos amigos antiguos, que cuando él tenía dinero y estaba próximo á casarse le saludaban con ca-

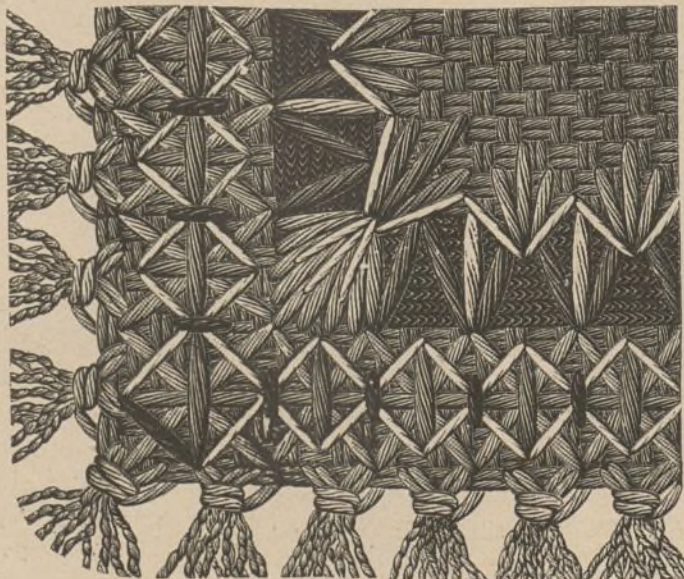
27. Cordon porta-abanico.

riño y le tendían los brazos á todas horas, y al mismo tiempo un chicuelo pregonó á su lado un billete de la lotería que próximamente debía jugarse.

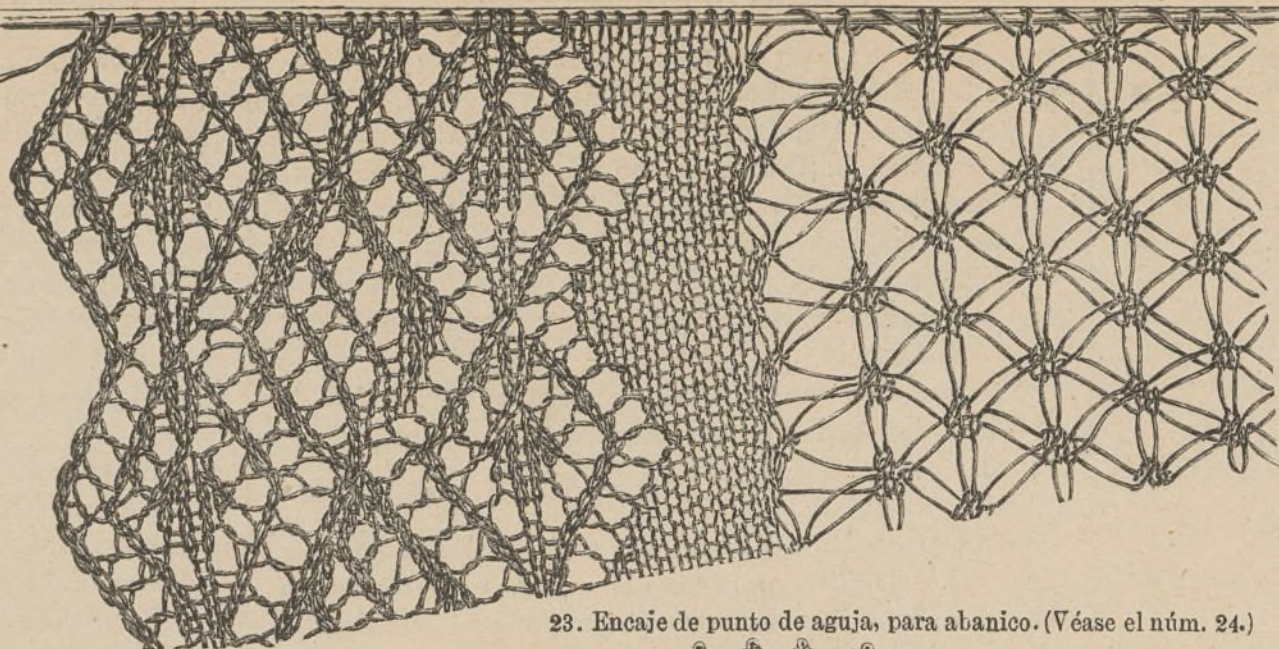
La tendencia al bien desapareció con la misma rapidez con que había asomado; el arrepentimiento que parecía aproximarse huyó avergonzado ante un nuevo rasgo de su estúpida soberbia, de aquella vanidad que le había perdido siempre, y Mariano dió un nuevo paso en la carrera del crimen, ligándose completamente al compañero de cárcel que iba á ser desde aquel momento su mentor y el tremendo castigo que Dios le imponía sobre la tierra.

Mariano, al ver que su antiguo amigo no le saludaba ahora como le había saludado en otros tiempos, cuando le veía rico y halagado por la fortuna, cuando oyó pregonar los números de aquella lotería á la que había debido sus horas de opulencia, se olvidó de sus buenos pensamientos, y en vez de ellos recordó que llevaba dinero en el bolsillo, que en Madrid hay casas de juego, y que aún podría hacer una fortuna, restaurar el brillo de su apellido y confundir á aquel miserable que, porque le había visto á pié y vestido muy modestamente, no le había querido saludar.

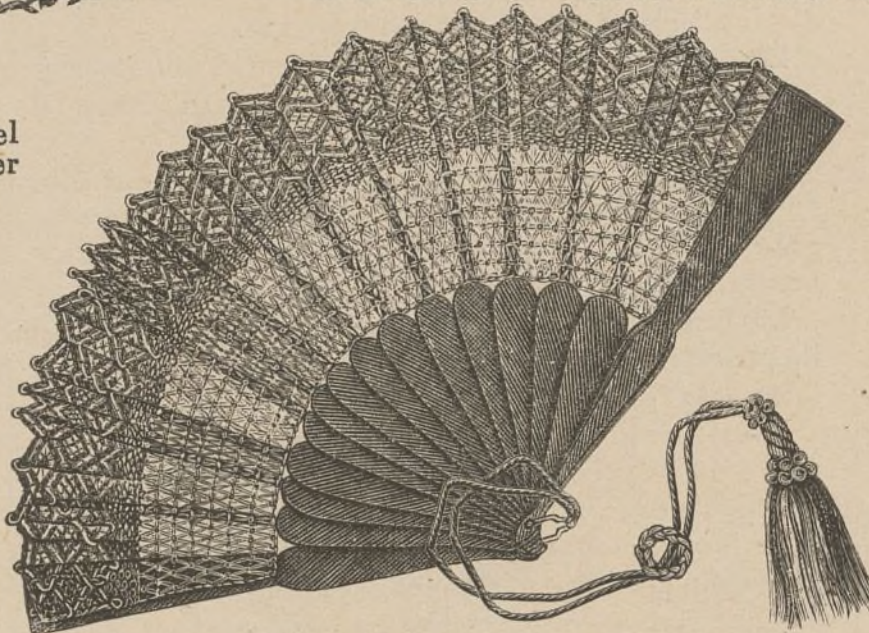
¿Para qué cansar á nuestros lectores contándoles nuevas miserias y mayores bajezas? Mariano jugó y perdió cuanto llevaba, el dinero de Tormentas y el que le habían dado á nombre de su hermano; volvió á casa de su amigo, y éste, que no esperaba sin duda otra cosa más que alguna falta de Mariano que lo ligara á él y lo hiciera cómplice de sus fechorías, le descubrió toda la horrible verdad, le señaló el papel que



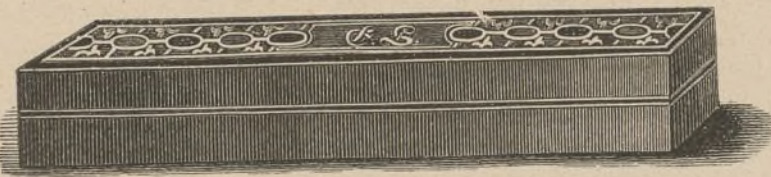
32. Cenefa para la alfombra núm. 31.



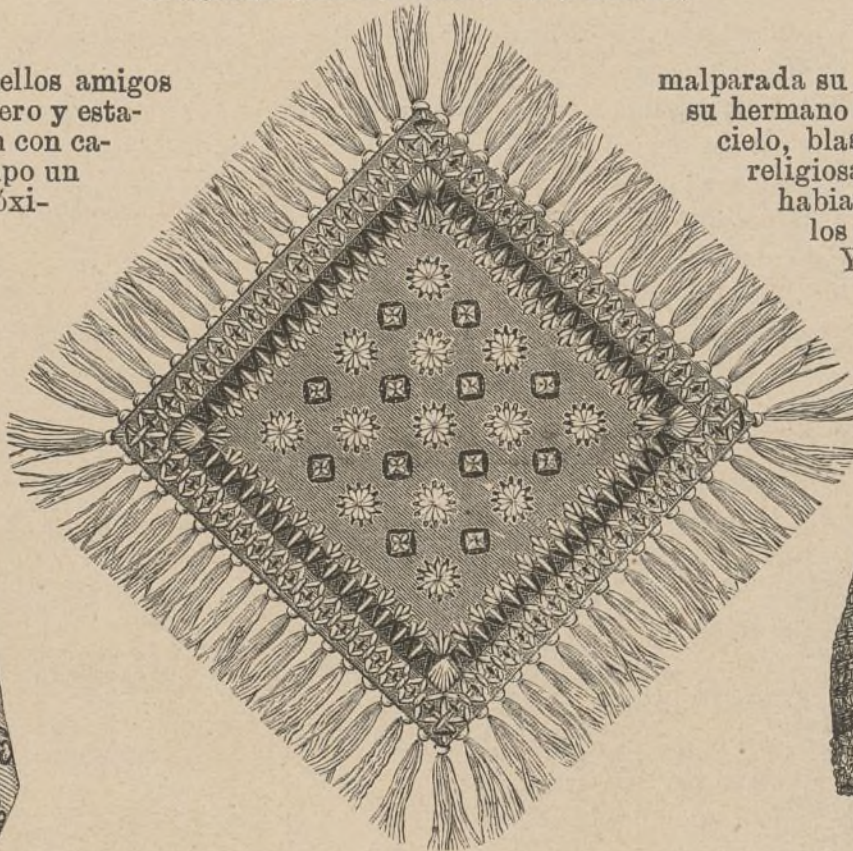
23. Encaje de punto de aguja, para abanico. (Véase el núm. 24.)



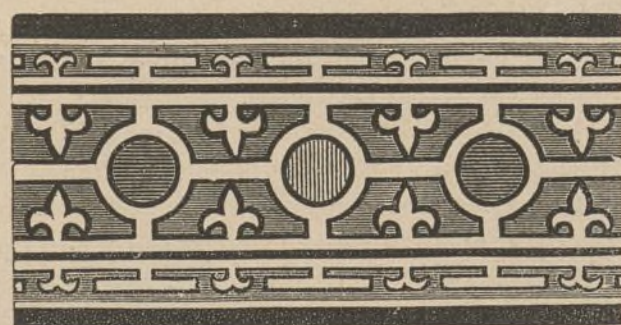
24. Abanico con país de encaje. (Véase el núm. 23.)



25. Caja para abanico pintada. (Véase el núm. 26.)



31. Alfombra para lámpara. (Véanse los núms. 32 á 35.)



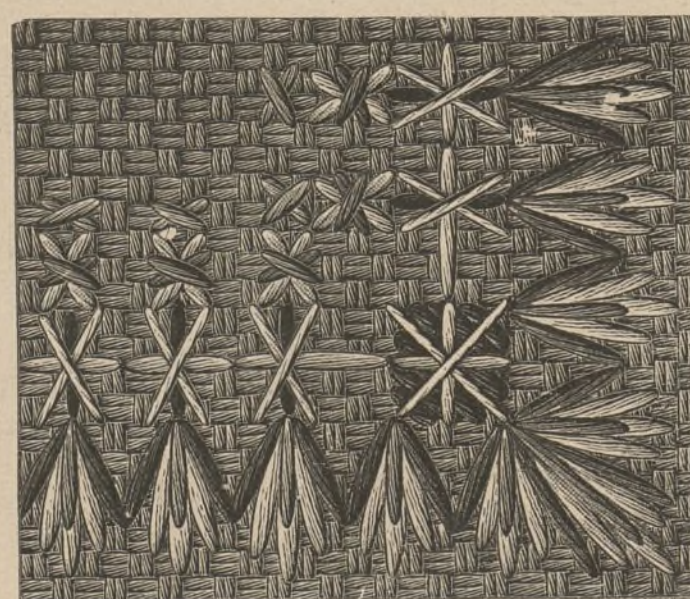
26. Dibujo para la pintura de la caja núm. 25.



34. Sembrado para el núm. 31.



35. Estrella para el núm. 31.



33. Otra cenefa para la alfombra núm. 31.

le correspondía en aquella asociación infame y miserable, y se hizo dueño absoluto de su voluntad.

El horror al trabajo, aquella vanidad que había consumido siempre á nuestro héroe, le llevaban por último al fondo del abismo; el presidio era ya su solo porvenir.

XI.

Antonio esperó á Mariano muchos días, gastando en la capital de la provincia lo que no tenía, porque ya sabemos cómo había tenido que componérselas para

poder seguir adelante con la siembra de aquel año; y viendo aquella tardanza tan injustificada, y que no le era posible seguir gastando más, si bien ya comprenderán nuestros pacientísimos lectores que el gasto que él hacía era bien poco, escribió de nuevo á su amigo y se volvió al quemado cortijo, que como el ave Fénix empezaba á renacer de sus cenizas.

El amigo tardó en contestar, y cuando lo hizo no fué nada satisfactoriamente; Mariano se había perdido, se había evaporado en aquel inmenso Madrid, pozo sin fondo en el que no suele encontrarse lo que se quiere ocultar; y aunque de nuevo acudió á la policía, ésta no pudo tampoco dar razón del paradero de aquél.

Antonio casi se desesperó por aquella nueva contrariedad; él, que había visto impasible la pérdida de su cortijo, de aquel cortijo donde conservaba todo su capital, que no tuvo ni una palabra de ira para los que le dejaban tan malparada su fortuna, al saber la desaparición de su hermano lloró como un niño, y si no culpó al cielo, blasfemando, fué porque su educación religiosa y las inclinaciones de su corazón le habían enseñado á resignarse siempre ante los decretos del Altísimo.

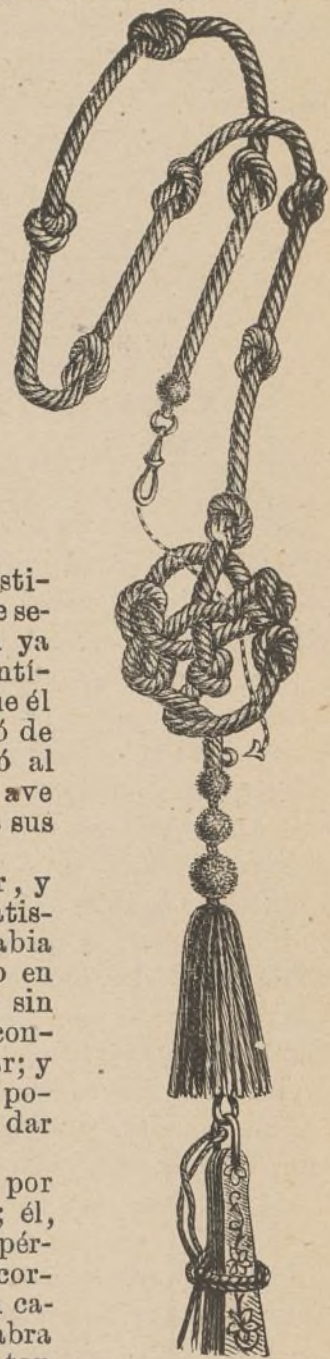
Y era que Antonio quería mucho, muchísimo, á su hermano, por más que éste se había portado siempre de tan mala manera con él; le había creído arrepentido cuando le vió en la misma situación á que le llevara su

mujer, dispuesto á volver por el buen camino, camino por el que él pensaba conducirlo de allí en adelante para que no cayese de nuevo en sus pasados extravíos; y como creyese todo esto, aquella nueva decepción, que ya no esperaba, le hizo muchísimo daño, tanto como á aquel que aún conserva su última esperanza, que sabe que después de aquella no queda ya ninguna, y la ve perdida. El pobre Antonio sufrió muchísimo; sin embargo, no se volvió contra el cielo, como hacen los soberbios, como hacen generalmente los que no tienen fe en la infinita misericordia de Dios, sino que acató su soberana voluntad, y no pudiendo hacer ya nada por su hermano, rezó, le encomendó á la Santísima Virgen, á aquella cariñosa Madre del Amor-Hermoso, á quien la suya le había enseñado á rezar, y confió en ella, porque sabía que nunca desampara á los que con fe en el corazón acuden á los pies de su trono.

30. Chaqueta de punto para niño.



28. Gorden porta-abanico.



del país, fué magnífica, como nadie creía ni esperaba que fuese, hasta el punto de que absolutamente no tenía local en qué almacenar los granos: Dios le premiaba de aquel modo; y él, que de cuantas maneras podía, quería demostrarle su agradecimiento por tantas pruebas de su divina bondad, dió grandes limosnas á los pobres de la comarca, que al colmarle de bendiciones aumentaban con las suyas el concierto de plegarias que al Altísimo se dirigían.

(Se continuará.)

JOSÉ SECO SEHLLY.

MARINA

POR
ANGELA GRASSI.

(Continuación.)

—¡He de descender, me decía, á estas mezquinas y rateras intrigas, que sólo pueden hallar eco entre el vulgo? Soy quien soy, y basta.

¡Ah! Dimitri no sabe que lo que designamos con la palabra *vulgo* forma las tres cuartas partes del género humano; que aun las personas más ilustradas repiten inconscientemente lo que oyen decir, robusteciendo la voz de la calumnia, que al principio es apenas perceptible, y poco á poco va formando un estruendo que resuena en todos los ámbitos de la tierra. No sabe que lo que nos empeñamos en llamar vulgo, y que conceptuamos frívolo, ligero, ávido de novedades, amante de lo maravilloso, por absurdo que sea, arrastra, no obstante, consigo la opinión de los hombres sensatos, de los sabios, la abrumba con su peso y decide de la honra y de la fama mejor acrisoladas.

Aun hay más. Vasili Chiuski, á quien el imprudente Dimitri había devuelto sus honores y había conservado á su lado, empezó á propalar por todas partes que había visto con sus propios ojos al hijo de Ivan IV en el ataúd, y que el que ocupaba el trono no era otro que Otropief; su mujer decía, á cuantos querían oírlo, que Marfa, sobre quien ejerce una extraña influencia, sorprendida en el primer instante, desea retractarse, porque mil circunstancias particulares la demuestran que no es su hijo aquel á quien públicamente ha proclamado como tal.

Y como si todo esto no bastase para abrir los ojos al incauto monarca, la Providencia, sin duda para salvarle, puso en sus manos, por medio de una extraña casualidad, los hilos de la trama que se fraguaba en secreto en contra suya.

Os he dicho que gusta de pasear sólo, vestido como un simple particular, para poder introducirse por todas partes y velar de cerca por los intereses de aquellos de sus súbditos que se llaman los desheredados de la tierra.

Salió una tarde de Moscu, siguiendo la orilla del río, y embebecido en sus pensamientos hubo de extraviarse en medio de un bosque. Se hizo de noche, y en vano recorría todas las sendas de aquel oscuro dédalo, buscando la salida, cuando, ya perdida la esperanza de hallarla, le pareció que oía crujir las hojas que alfombraban el suelo. Temió que fuese algún oso; trepó por un árbol, y á favor de los ténues rayos de la luna, que lograban deslizarse aquí y allá por entre el follaje, vió que el que avanzaba con paso cauteloso era un hombre. Iba ya á pedirle auxilio, cuando asomó otro hombre por la encrucijada, y otro, hasta treinta.

¿Adónde iban? ¿qué se proponían hacer? ¿qué misterio encerraba aquella reunión nocturna?

Dimitri es valeroso y atrevido; deslízase pausadamente y sin ruido del árbol, y siguió á la comitiva.

—¡Imprudente! exclamó Marina, juntando las manos con ademán de terror.

—Aquellos hombres, prosiguió Alejo, salieron del bosque, y se dirigieron á un cercano castillo derruido, que se alzaba casi junto á la margen del río.

Los misteriosos personajes se introdujeron por la porterna, atravesaron un patio lleno de escombros, subieron la escalera y entraron en un vasto salón iluminado únicamente por los rayos de la luna, que se abrían paso al traves de las esquebrajaduras del techo, y formando semicírculo aguardaron á que su jefe tomase la palabra.

Dimitri se ocultó tras una estatua, en el ángulo más oscuro, y aguardó también con el corazón acongojado el desenlace de aquella escena.

Sus presentimientos no le habían engañado.

El que presidía la tenebrosa asamblea, el que tomó la palabra para denigrarle, para infamarle, para pintarle como un monstruo, aborto de la naturaleza, ¡era Chiuski! ¡Chiuski, el verdugo de su infancia, el enemigo de su familia, á quien había conservado la vida con tan magnánimo desprendimiento!

—¡Pobre Dimitri, pobre niño! exclamó Marina con-

movida, ¡cuán amarga habrá sido para tu noble y leal corazón la primera hiel del desengaño!

—Sí, repuso Alejo; cuando me refería esta escena lloraba, repitiendo: ¡Oh mi prisión, oh angosta torre mía! ¡por qué no espiré en tu recinto? Allí no veía más que un pedazo de cielo, es verdad, pero que me inundaba de luz consoladora; no oía más que el canto de las golondrinas que se posaban en la ventana, pero volvían todos los años á visitarme!...

Marina enjugó una lágrima, y preguntó con ansiedad:

—¿Le descubrieron los malvados? ¿corrió algún peligro?

Alejo prosiguió:

—Acompañaba á Chiuski una mujer cubierta con negros velos. Dimitri no la reconoció; pero yo bien sé quién era, porque no hay más que una mujer en Rusia dotada de tanta energía, de tan diabólico talento.

Ésta habló despues de Chiuski; inflamó los ánimos con la imperiosa magia de su elocuencia; expuso su plan, que debía dar infalibles resultados.

—Jurad, gritó por fin al terminarse su arenga, y sacando un pequeño Crucifijo de plata; jurad sobre esta sagrada efigie que dareis muerte al fraile que ocupa el poder supremo...

Los conspiradores cayeron de rodillas, y el viejo castillo retumbó hasta sus cimientos, estremecido por aquel juramento regicida.

Luégo, inscribiéronse todos los nombres en un pergamino; el que hiciera trece, debía ser el ejecutor de la terrible sentencia; pero aquel á quien había tocado el número fatal, no estaba presente.

Era, sin embargo, uno de los más decididos y audaces, en opinión de los mismos conspiradores, y tal vez no había sido la casualidad la que le había designado.

Trazaron algunos caracteres al pie del mismo pergamino, envolvieron en él un puñal, y lo depositaron en el hueco de una estatua.

Habíase sin duda convenido de antemano que, el que no pudiese acudir á la cita, fuera allí á recoger las órdenes de sus cómplices.

Arreglados todos los preliminares, fijado el día para la sedición, los conspiradores salieron del castillo y se separaron en silencio.

Dimitri imitó su ejemplo; pero cuando se hubo asegurado de que estaba solo, volvió al pavoroso edificio, registró el hueco de la estatua y puso sobre su corazón el puñal que debía partirle.

—¿Y luégo? ¿y luégo? preguntó Marina anhelante.

—Al día siguiente, Dimitri dió un gran banquete.

Cuando los convidados entraron en el salón, vieron con sorpresa que estaba circuido de soldados y que el czar vestía en traje de guerra.

En el centro de la mesa, cubierta de flores, había una bandeja de oro, y dentro de ella el puñal y el pergamino.

Dimitri lo mostró á sus convidados sin pronunciar una sola palabra.

Casi todos los conspiradores de la víspera estaban presentes.

Vendiólos su terror al verse descubiertos, y cayendo de rodillas imploraron misericordia.

—Obrará la ley, exclamó el czar impasible, ordenando que los llevasen presos.

Pero siempre justo, caballeroso y leal, sometió esta causa (1) á un jurado compuesto de ciudadanos elegidos de entre todas las clases sociales, queriendo que fuesen sus mismos vasallos los que, juzgando de la extensión y gravedad del delito, dictasen la sentencia.

Chiuski fué unánimemente condenado á muerte, y sus cómplices á un perpetuo destierro.

Llegó el día de la ejecución de la sentencia; llevóse al traidor ahorrado á la plaza pública, en donde debía expiar sus crímenes con la muerte, y delante del pueblo reunido le leyeron la sentencia del jurado y le despojaron de sus vestidos.

Entonces Chiuski tendió sus brazos á la multitud exclamando:

—Hermanos: próximo á morir, declaro que el czar no es el hijo de Ivan IV; que muero por la verdad, por la religión cristiana y por vosotros...

Impusieronle silencio, pero ya era tarde. La calumnia, en los labios de un hombre que iba á comparecer ante el tribunal eterno, debía producir honda sensación y funestísimos resultados...

—¿Y bien? preguntó Marina viendo que Alejo interrumpía su relación, absorto en sus propios pensamientos.

—Y bien, repuso el joven suspirando; Dimitri, cediendo á las súplicas de su madre y á los instintos de su bondadoso corazón, perdonó otra vez...

Ya estaba la cabeza del traidor reclinada sobre el tajo, cuando se oyó el grito de ¡alto!

(1) Histórico.

Era la gracia del condenado.

—¿Pero el pueblo aplaudiría este rasgo de clemencia? exclamó Marina con entusiasmo.

—Algunos aplaudieron; pero los más decían: «Si fuera hijo de Ivan IV, no hubiera perdonado;» y más fueron las muestras de descontento que de alegría.

Aducian su clemencia como prueba para desmentir su origen, del mismo modo que otros suponen excesos que está muy lejos de cometer con igual objeto.

¡Oh juicios del mundo, oh imparcialidad de los hombres!

¡Ah, señora! ¡creo el incauto que un rey, que es superior á los demás hombres por su rango, debe serlo también por su virtud y llevar por divisa la del Salvador del mundo, «volver bien bien por mal,» sin acordarse de que, anejos á tan sublime doctrina, van la corona de espinas y el calvario. Y no es que alguna vez no se presente á su imaginación esta idea, sino que prefiere las palmas del martirio á los lauros de la tierra empapados de sangre.

Pero esta abnegación, esta grandeza de alma, que honra á un particular, no conviene á quien rige los destinos de una gran nación.

Hé aquí, señora, por qué yo, el amigo, el hermano de Jorge, vengo á decirlos en su nombre que salveis su obra y no hagais infructuosos sus heroicos sacrificios.

Calló Alejo, aguardando una respuesta.

Hacia algunos instantes que Marina tenía fijas tenazmente las miradas en el sitio del jardín consagrado á su marido. Permanecía absorta, silenciosa, como si no oyese la voz de Alejo, y escuchase otra voz que resonase en el fondo de su alma.

Largo tiempo estuvo de este modo, sin que el joven se atreviese á interrumpir su meditación.

—Pero, Alejo, exclamó por fin, con las mejillas encendidas por la lucha que se había entablado en su alma; una vez pronunciado ante los altares el santo juramento, ¿Dios me mandará amar al nuevo esposo!... Y ¿no será esto faltar al amor que debo al que ya no existe y sólo por mí ha vivido?

—Vuestra timorata conciencia lo exigiera todo, se apresuró á decir el joven. Jorge ocupa ya su lugar entre los elegidos, y lee en los corazones. Desde su trono de luz juzga las cosas de distinto modo que los míseros mortales, y no puede complacerse en ver prendida vuestra juventud de una tumba solitaria. Los árboles se cubren de nuevas flores á los rayos del sol de primavera; la vida recobra savia y vigor, ínterin el sol de la juventud la fecundiza.

Ahuyentad vanas quimeras; amad á Dimitri y á Jorge, fundiendo estos dos santos amores en un amor más noble y más sublime; el amor de la nueva patria que os brinda con un trono.

El piadoso sacerdote que os ha consolado en vuestras penas, os lo ha dicho: No se honra á los muertos con estériles lágrimas, ni con pasajeras flores, sino haciendo el bien y tejiendo coronas de virtudes.

Uníos á Dimitri para secundar su regeneradora empresa, y creed que vuestro destino es más alto que el de rogar sobre la tumba de un muerto, que ya es dichoso en el seno del Eterno; creed, sobre todo, que cuando el mundo se incline al pronunciar vuestro nombre, cuando vuestros vasallos lo bendigan, y cuando los ángeles lo escriban con caracteres de oro en el inmortal libro, las cenizas de Jorge se estremecerán de júbilo en su sepulcro, y su alma se embriagará de delicias en la mansión de los justos.

Marina escuchaba con los ojos siempre fijos en el bosquecillo de cipreses, cuyas copas se doblaban blandamente mecidas por la brisa de la tarde.

Parecían asentir á las palabras de Alejo.

—Amigo mío, dijo por fin, os suplico que me deis orar y meditar.

Mañana os daré allí mi respuesta, añadió señalando los cipreses.

CAPÍTULO XII.

—¡Ella va á venir!... Volveré á ver su dulce rostro, á oír el eco de su adorada voz: tendré el derecho de que recline la cabeza sobre mi corazón cuando se sienta fatigada, de prestarle el apoyo de mi brazo...

¡Voy á verla!

¿Cuántos días faltan para que ella imprima su diminuto pie en estos campos?

Tal vez dos, cuatro, á lo sumo ocho... Tal vez llegue cuando se abran los capullos de estas flores, y puedan tributarle su perfume...

Así discurría el enamorado Dimitri, dirigiéndose solo, como tenía de costumbre, al cercano pueblo de Mojaisk, en donde debía detenerse Marina ántes de efectuar su entrada en Moscu.

No se podía saber á punto fijo el día de su llegada; pues hallándose débil todavía, á consecuencia de su re-

ciente enfermedad, se iba parando en el viaje según lo exigía su salud.

La tarde era espléndida; la campiña estaba llena de perfumes y armonías.

Acercábase Abril, con su acompañamiento de gérmenes y brisas; las suaves y juguetonas y fecundantes brisas, que rompiendo aquí y allá los témpanos de hielo, azotando y dispersando los montoncitos de nieve, dejaban al descubierto por todas partes guirnalda de follaje y ramilletes de flores; mientras el sol, secundando su obra, prestaba calor y vida a las nacientes plantas, y convertía con sus prismáticos reflejos los más humildes charcos de agua en espléndidos diamantes.

—¡Qué hermosa es la naturaleza! decía Dimitri, cuyo corazón renacía, como ella, con aquel hálito de vida universal; ¡cuán bueno es Dios, que dotó al hombre tan magníficamente, para que pudiese gozar en toda su plenitud de estas maravillas, dándole una compañera fiel, para que pudiesen ser dos en uno los que alabaran su poder y bendijeran sus obras!

¡Dos en uno!...

Perdona, Jorge, perdona el loco júbilo que se desborda de mi pecho a esta sola idea: si tú hubieras vivido, jamás, jamás hubiese pensado en arrancarte la casta compañera de tu vida... Y aún después de muerto, jamás, jamás pretenderé arrojarte del santuario de su alma.

Nó, nó: seremos dos en amarte, en invocar tu recuerdo, en bendecir tu memoria...

Hacia ya muchas tardes que Dimitri, saliendo furtivamente del Kremlin, se dirigía a Mojaisk, ansioso de saturarse de antemano con el aire que debía perfumar en breve el aliento de su amada.

Permanecía allí algunos instantes; entraba a rezar en su iglesia; cogía flores para el altar de una Virgen que se veneraba en el otro extremo de la pequeña aldea, precisamente en el camino por donde debía llegar Marina; hablaba con los árboles, con las flores, con los pajarillos que tendrían el placer de saludar antes que él al alma de su alma, y repetía sin cesar:

—¡Oh! Dios mío, Dios mío! ¡qué felicidad es ésta que me abrumba y me acobarda! ¡Sólo en el cielo se puede ser más feliz que yo!

¡Oh! cómo explicarán el amor, no sensual, sino espiritual, nó el que se cifra en el goce pasajero, sino el que anhela poseer eternamente el alma, los positivistas, los utilitarios de hoy!

Ó no han tenido nunca veinte años, ó es imposible que desconozcan que en esa divina llama del amor hay algo que no se puede analizar con el escalpelo médico; hay algo que no se puede resolver con el auxilio de las implacables cifras; algo inmortal, divino, etéreo, que trasbordando al hombre fuera de sí mismo, le hace capaz de todas las heroicidades, de todas las abnegaciones, de todos los sacrificios, inmolando alma, vida y pensamiento en aras del objeto amado.

Dimitri andaba despacio; parábase embebido delante de los arbustos que entrelazaban amorosamente su ramaje; deteníase a escuchar el canto de una avecilla que enamoraba a su avecilla compañera.

—Todos los seres de la creación aman, decía de vez en cuando: desde las estrellas del cielo, que se envían unas a otras sus rayos, hasta las ondas del arroyo que se precipitan las unas en pos de las otras con plácido murmullo. ¡Cuán bello es el amor, cuán bueno es Dios, que ha colocado esa divina luz en el corazón del hombre para que ilumine su existencia!

De pronto oyó unos débiles quejidos, y se detuvo.

—¿Es posible que alguien sufra cuando yo soy tan dichoso? pensó.

Renováronse los quejidos, resonando detras de un grupo de árboles.

Dimitri se dirigió apresuradamente a aquel sitio, y vió a una niña de ocho años, sentada al borde de un arroyo y con el rostro cubierto con las manos. A su lado tenía una cestita de mimbrres que contenía algunas setas.

—¿Por qué lloras? la preguntó el czar, acariciando su rubia cabellera.

—¡Ay, ay! suspiró la niña, porque mi amo me ha mandado que venga a coger setas, y es de noche, y tengo miedo... ¡Ay, ay, cómo me va a pagar!

—¿Nó tienes madre?

La niña prorumpió en más fuertes sollozos.

—¡Ay, madre mía! gimíó desolada; ¡ay, madre mía de mi alma, que se ha ido al cielo!...

—¿Y tu padre?

—Mi padre está paralítico, y le han recogido por caridad tres hermanos, que son muy pobres, y a mí me han puesto a servir.

—¿Y te pega tu amo?

—¡Ay si me pega! ¡pobrecita de mí! ¡nunca está contento!...

(Se continuará.)

BIBLIOGRAFÍA.

Comedias escogidas de Aristófanes, traducidas del griego por D. Federico Baraibar, con un prólogo de D. Fermín Herrán. Vitoria, imprenta de los hijos de Manteli, 1877, un vol. en 4.º, 5 rs.

Hay en la antigüedad griega y latina un cierto no sé qué, cuyo conocimiento creemos se escapará siempre, y al que los esfuerzos de la ciencia, por sagaz y penetrante que sea, no sabrá nunca dar solución: de tal modo ha cambiado la civilización, este termómetro del espíritu humano. ¿Sabemos nosotros ciertamente qué especie de distracción impulsaba a la antigüedad a ir al teatro? ¿Cedían por acaso al atractivo del placer, ó no cumplían sino un acto grave y religioso? y después, esas piezas representadas a cielo descubierto, ¿tenían para los griegos esa clase de intereses que nosotros pedimos a las nuestras? ¿Qué era lo que les embargaba más, la forma ó el fondo? ¿La enseñanza ó el espectáculo? El interés más vivo ¿era producido por los desenlaces de la acción, ó sencillamente por la belleza del lenguaje, de la dicción y la pompa exterior de la representación?

A decir verdad, todo esto es muy oscuro y dudoso si se quiere hablar francamente, y la misma diversidad de las composiciones de sus tres grandes trágicos no pueden menos de confirmarnos en nuestras dudas.

Esquilo, Sófocles, Eurípides, aparecen sucesivamente en la edad más brillante de la civilización griega; son los contemporáneos de los héroes y de los sabios, de Temístocles, de Sócrates, de Platón, de Aristóteles y de Pericles, y agradan igualmente a todos, aunque se diferencian los unos de los otros por la imaginación, y si no por la elección de asuntos, al menos por la manera con que los tratan, el colorido que les dan y la moralidad que sacan.

Ved aquí un teatro, nos dicen, que forma parte del culto; y al mismo tiempo, los espíritus más delicados y distinguidos lo toman como un juego de la imaginación, como un cuadro que tiene todas las formas de invención y capricho. Ahora bien, ¿de qué manera asociar estas contradicciones si no se quiere sacar por conclusión, que la sociedad griega estaba entonces trabada por un escepticismo cuyas escuelas filosóficas han quedado como testimonio científico, mas cuyo teatro, principalmente el de Eurípides, es su sello más vivo?

En este estado aparecen *Las Nubes* de Aristófanes.

El solo nombre de esta producción recuerda inevitablemente el proceso de Sócrates, y una opinión muy acreditada presenta al poeta ateniense como primer autor de la muerte del filósofo.

Eliano, en su recopilación de anécdotas, cuenta, no se sabe a punto fijo bajo qué autoridades, que Anyto y Meleto, queriendo ensayar el efecto de la acusación que meditaban contra Sócrates, habían pagado a Aristófanes para ponerlo en ridículo en una de sus obras, y animar al pueblo contra él. En esta suposición, la representación de *Las Nubes* debió haberse efectuado poco tiempo antes que el proceso, aprovechando los acusadores la animadversión pública para dar el golpe decisivo.

Esta afirmación queda contradicha por la fecha misma de su presentación en escena y de testigos auténticos. A mayor abundamiento, el autor se queja del mal éxito de su obra en la parábola de *Las Avispas*, representada en 423 (89 olimpiada, 2.º año), porque se sabe que los jueces le habían postergado a sus rivales: el premio había sido adjudicado a la *Botella*, de Cratino, y a *Los Conocidos*, de Amipsias. Estas mismas quejas se presentan en la parábola de *Las Nubes*, tal como ha llegado a nosotros; en efecto, parece que, después de su mal éxito, retocó la producción con el deseo de presentarla de nuevo en el teatro, y, según uno de los prefacios griegos, fué aún peor acogida que la primera vez.

Pero si el poeta se encuentra justificado de imputaciones odiosas, no pretendemos absolverle por completo respecto a su resultado.

Sus acriminaciones mezcladas de bufonadas pudieron muy bien preparar paulatinamente una condena, cuanto más tardía, más seria. ¿Qué pensar de las acusaciones presentadas en el proceso, redactadas casi en los mismos términos que las de la comedia, y que se reducen a romper la juventud, despreciar los dioses de la patria é introducir divinidades extrañas? ¿Qué motivos pudieron impulsar a Aristófanes para atacar a un sabio que se nos presenta hoy día como el autor de una gran revolución moral, como el reformador de la humanidad?

Existía entonces una guerra encarnizada entre los filósofos y los poetas cómicos. A los partidos políticos que dividían y desgarraban a Atenas, se unían los partidos literarios.

Los filósofos se burlaban de la desvergüenza y obscena licencia de los cómicos, y éstos ponían en ridículo las sutilezas y disertaciones de sus adversarios. Los filósofos Hippon y Boeda habían sido atacados por los poetas Crato y Difilo; Eúpolis no escasea chanzonetas de ningún

género contra Sócrates, y Amipsias le presenta en una de sus comedias en el teatro; y por su parte, Sócrates no disimulaba el desprecio a sus chistes licenciosos. Además, era amigo de Eurípides, y corría válida la opinión hasta que le ayudaba en sus tragedias.

Aristófanes, que nunca fué parco en diatribas con el gran trágico, no tenía ninguna razón para no permitirse contra el gran filósofo lo que se permitían otros poetas. En cuanto a saber si en *Las Nubes* es la misma persona de Sócrates la que se quería representar, ó si lo toma por un tipo general sencillamente, como el más célebre representante de los sofistas, en nada se opone, ya fuese una ó otra su intención, para el resultado que produjeron sus burlas inagotables y cáusticas.

El verdadero asunto de *Las Nubes* es la educación. Y nó queremos hablar sólo de la admirable escena en que lo justo y lo injusto personificados se disputan quién de los dos formará el espíritu del joven Fidípides. Aquí el poeta pone en presencia ambas doctrinas rivales. Véase de un lado lo Justo, echar en cara a su adversario impedir a los jóvenes frecuentar las escuelas y ser el corruptor de la juventud; expone el antiguo sistema de educación; él mismo dice que formó a los guerreros de Maratón, y que les enseñaba la justicia y la modestia. Entre otros detalles, interesantísimos a cuál más, este pasaje nos enseña que los tres grados de instrucción elemental eran entonces las lecciones del gramatista con el que los niños aprendían a leer y escribir; del citarista ó maestro de música, y del pedotribo ó maestro de ejercicios gimnásticos.

A este cuadro, el Injusto opone el sistema contrario, que no tenía otros resultados que la charlatanería, costumbres disolutas, y el espíritu de trapacería, exaltando su nueva doctrina y el inapreciable talento de ganar las peores causas. Pero nó se trata más que de los primeros grados de la educación; en todo el resto de la pieza, el pensamiento dominante es la crítica de las doctrinas que se apoderan de la juventud a su entrada en la vida.

En el seno de una república en que la elocuencia era el gran resorte del gobierno, el que quería adquirir influencia y representar un papel en los negocios debía ser orador. Esta importancia del talento de la palabra hizo bien pronto un arte complicado, para el que se necesitó un aprendizaje, y que tuvo reglas, escuelas y maestros. De este modo fué cómo la retórica formó parte esencial de la educación y el complemento necesario. Se sabe qué fortuna hicieron los retóricos, y qué consideración les favoreció desde un principio: basta citar a Isócrates.

Un arte cultivado con tanta pasión tuvo que refinarse y utilizarse, y los abusos no tardaron en aparecer; las lecciones de los retóricos degeneraron en charlatanismo lucrativo, en sostener el pro y el contra, lo justo y lo injusto, el vicio y la virtud, que conmovían hasta en sus cimientos las creencias morales, y conducían al escepticismo.

Esta fué la obra de los sofistas.

Compréndese bien, al leer la concepción de Aristófanes, cómo todo esto se confundía en él; cómo retóricos, sofistas, filósofos, impíos y corruptores de la juventud eran a sus ojos una sola y misma cosa. La educación que daban a los jóvenes atenienses es el asunto de la comedia; en cuanto a la acción que sirve de cuadro, se reduce a un hombre arruinado que, imaginando un medio de no pagar sus deudas, trata de enviar a su hijo a la escuela de Sócrates, para aprender el arte de frustrar a sus acreedores.

La traducción de *Las Nubes*, que tenemos a la vista, ha sido llevada a cabo por el Sr. Baraibar con singular acierto, y habla muy alto en favor de un helenista tan notable. El diálogo de Aristófanes, siempre vivo y animado por la oportunidad de las réplicas y la agudeza de las observaciones, ha sido vertido a nuestro idioma con perfecta exactitud; la fidelidad escrupulosa que ha presidido hasta en sus más mínimos detalles, a fin de presentar la obra tal como ha llegado hasta nosotros, la recomiendan eficazmente a todos los amantes de esta clase de trabajos.

¡Lastima grande es que lo indecente de la frase haya obligado al Sr. Baraibar a velarla unas veces, y otras a dar un pequeño rodeo, para no ofender los oídos de los lectores que no puedan saborear en el original sus chistes y sátira punzantes!

El prólogo que precede a este trabajo, debido a la pluma elegante de nuestro distinguido amigo el Sr. Don Fermín Herrán, es por todo extremo eruditísimo y digno por todos conceptos del nombre que este escritor alcanza en España. Las noticias que en él consigna sobre el teatro griego, el estudio de la obra de Aristófanes que presenta y la crítica que la acompaña, serán siempre consultadas con aprovechamiento por el curioso.

VICENTE CUENCA.

EXPLICACION DE LA MAGNIFICA LÁMINA

DE CONFECCIONES QUE SE DA DE REGALO Á LAS SEÑORAS SUSCRITORAS DE AÑO, Y MEDIO AÑO.

FIG. 1.^a *Vestido de faya color vino del Rhin*, con falda de cola sin adornos, y larga túnica, solamente en la parte de delante, guarnecida con rico fleco del mismo color. Confeccion de faya muy larga, con costura en el centro. El delantero y los costados van cortados en escalera. El delantero es muy ajustado y cierra con botones. Cuello de chal, con punta vuelta, sujeta con un boton. Los bolsillos y las vueltas de las mangas, plegadas, llevan todo alrededor la misma pasamanería que cubre las costuras. Además de la pasama-



37. Iniciales para pañuelos.

nería, termina todo alrededor del bajo y las mangas con un ancho encaje negro, y un lazo de faya en el escote y las mangas. Sombrero de paja de Italia, adornado con amapolas y gasa paja.

FIG. 2.^a *Vestido de surah, color manteca*.—Adornado con tafetan color de gamuza claro. La primera falda lleva dos plisés alternados, y un ancho biés gamuza salpicado de lazos de color claro. La segunda falda, un biés de 20 cents. y un plisé al canto.

La elegante confeccion que le acompaña está ajustada, y adornada por abajo con un entredos de pasamanería cuadrillé y blonda negra. Un guarnecido de encaje, biés y pasamanería de picos, dibuja un veston abierto en la espalda. El mismo guarnecido dibuja sobre la manga un gran rombo desde la muñeca á la sangría. Sombrero de faya blanca, cubierto de gasa y adornado con flores del campo.

FIG. 3.^a *Vestido de faya lila persa de dos tonos*.—La falda, guarnecida por abajo con tres plisés, es del tono oscuro. La túnica, del tono claro, lleva alrededor ancho galon brochado y rico fleco, cerrando por delante con dos carteras de botones. Mangas y gola de encaje. Una graciosa mantilla española completa este rico traje.



44. Vestido con túnica.

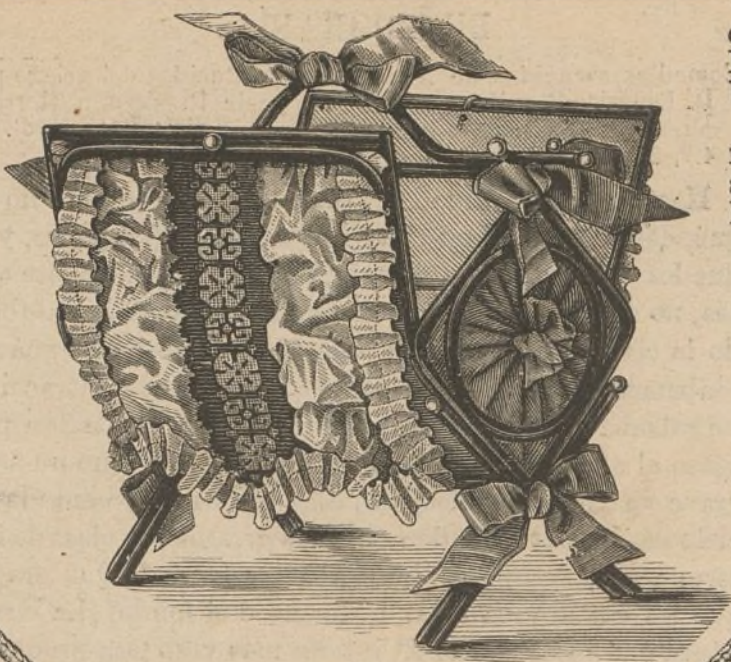
FIG. 4.^a *Vestido de tafetina liso y á rayas*.—El fondo liso es de color de tilo; las rayas son azul y rosa, sobre el mismo fondo. La falda lleva por abajo tres volantes. La túnica, de tela lisa, está guarnecida con un ancho biés á rayas, y quillas de rayas en los costados, decoradas con un rico motivo de pasamanería. Un echarpe á rayas, terminado por rico fleco, rodea la figura, y se anuda graciosamente por delante y por detras.

Sombrero de faya blanca, adornado con rosas té y faya color de tilo, con bridas de gasa sujetas en el pecho con una rosa, y terminando en largas caídas deshiladas.

FIG. 5.^a *Vestido de cachemir verde-oscuro y verde-claro*.—La falda va guarnecida por abajo y todo alrededor con cuatro plisés, y en la parte que forma cola lleva

además un volante fruncido y terminado con fleco de madroños. Estos plisés son alternados verde-oscuro y palido. La túnica, verde-pálido, lleva alrededor un plisé oscuro, y encima un adorno de pasamanería. Un cordon de pasamanería, terminado por abajo y por arriba con un óvalo de lo mismo, recoge y ciñe completamente la túnica. Un primoroso puñal atraviesa el óvalo superior. El cuello, de

beteados de azul, y encima un ancho biés de faya azul; alrededor de la túnica, el biés lleva al canto un encaje bordado con felpilla azul. Lazo del mismo color termina la limosnera, y adorna las mangas: sombrero de paja negra, adornado con dos plumas azules y encaje bordado con felpilla azul.

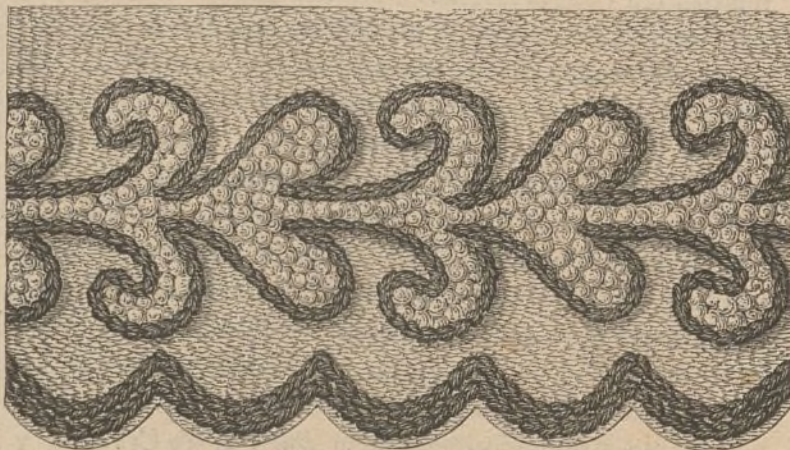


36. Canastilla bordada.

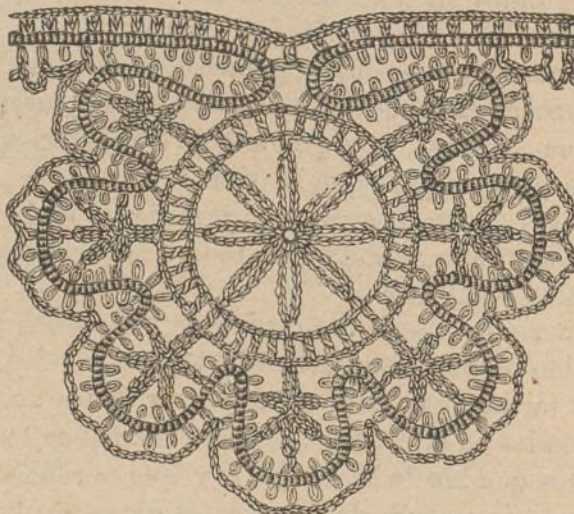


39. Iniciales para ropa blanca.

41. Ángulo de malla para corbata.



42. Bordado para la chaqueta 29.



43. Puntilla de trenquilla y crochet

chal, y las vueltas de las mangas son de faya verde-oscuro. Manteleta de siciliana ó faya negra, guarnecida de fleco. Sombrero de paja blanco, adornado con flores y pluma blanca.

FIG. 6.^a *Vestido de armure gris polvo*.—Guarnecida sencillamente la falda con volantes y biéses, y la túnica sólo con un ancho biés. Confeccion de faya, que no lleva ningún adorno en la espalda; pero en el costado ostenta siete volantes de encaje superpuestos, rodeados de biéses y botones, lo que forma un adorno muy original. Un encaje rodea el escote y toda la confeccion por abajo. Sombrero de paja blanca, rodeada la copa de un echarpe de gasa, que baja formando brida á anudarse sobre el pecho, y adornado de flores.

FIG. 7.^a *Vestido de luisina color violeta oscuro*.—La



38. Inicial para pañuelo.

luisina es una especie de seda que sustituye al foulard. La falda, así como la túnica, cruzada atrás, es muy ceñida, y ambas van adornadas con biéses de armure de seda pensamiento. La confeccion es de armure ó siciliana, siendo su forma muy nueva y muy graciosa. Va escotada en punta, y el delantero izquierdo, cruzando sobre el derecho, forma una especie de peto, entreabriéndose luego ambos delanteros en el bajo. El adorno consiste en un ancho galon de felpilla, que sube hasta el costadillo de atrás, quedando lisa la espalda, y adornada únicamente con dos cordones, que, sujetos en dichos costadillos, pasan de un lado al otro.

Sombrero de paja de forma puntiaguda, y cuyo borde descansa sobre el cabello, sujeto con una cinta realzada por una hebilla. Lazos de cinta y una pluma rizada constituyen su adorno.

EXPLICACION DEL FIGURIN 1.265.

Aunque hemos ofrecido anteriormente á nuestras lectoras trajes de primera comunión, creemos oportuno repetir dos elegantes modelos, ya que nos hallamos en la época en que las señoritas colegialas se acercan á la Mesa eucarística.



40. Iniciales para ropa blanca.

ca, ó concurren á las procesiones consagradas á María.

FIG. 1.^a *Traje de muselina abrochado atrás*. La falda lleva un plegado, y otro la túnica, abierta en los costados para dar paso á una

echarpe de muselina que recoge el vuelo, y se anuda graciosamente atrás. Gola y mangas de tul.

FIG. 2.^a *Vestido de cachemir blanco*.—Va adornado en el bajo y en las mangas con seis órdenes de biéses que tambien adornan la limosnera; cuello alto, de batista, con lazo de faya; collar y cruz de oro; velo de tul.

FIG. 3.^a *Traje de verano para señora*.—Vestido de lanilla ó fulard, á rayas blancas y negras. La falda lleva dos volantes rizados y ri-



45. Vestido Princesa con echarpe.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a Edicion, recibirán con este numero el FIGURIN ILUMINADO.

Administracion, Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de Gregorio Estéada, Doctor Fourquet (antes Hiedra, 7).

Editor propietario: Carlos Grassi.